

---

---

## CONCURSOS LITERARIOS (NARRACIONES ESCOLARES Y RELATOS CORTOS) REAL SOCIEDAD MATEMÁTICA ESPAÑOLA-ANAYA 2009

---

---

El año 2005 se iniciaron los concursos literarios (de narraciones escolares y relatos cortos) que organiza la Real Sociedad Matemática Española, en colaboración con la editorial Anaya, y también las editoriales Nivola, elrompecabezas y Proyecto Sur, que se están convirtiendo en dos concursos consolidados y que han encontrado su lugar dentro del mundo de los concursos literarios. La publicación de los ganadores en LA GACETA es un momento importante para nuestra sociedad y un esperado momento para muchos de sus lectores.

En la edición de 2009 se han presentado 477 trabajos de todas las partes de España (narraciones mayoritariamente en castellano, aunque con una participación cada vez mayor en catalán/valenciano, euskera y gallego) en el concurso de Narraciones. Hay que felicitar a los centros escolares y a los profesores de matemáticas, y de otras disciplinas, por animar a sus estudiantes a participar en este proyecto, e incluso utilizarlo como una herramienta didáctica. Una edición más, el jurado ha manifestado su sorpresa por la calidad literaria de los trabajos de los jóvenes participantes, así como la imaginación y la temática de los mismos.

En el concurso de Relatos Cortos se han presentado 46 trabajos, de distintos puntos del estado, entre ellos Barcelona, Cantabria, Ciudad Real, Granada, Guipúzcoa, Huelva, Huesca, Madrid, Santa Cruz de Tenerife, Sevilla, Teruel, Valencia, Valladolid o Vizcaya, pero también se han presentado varios trabajos desde Argentina y Perú. Los relatos participantes son de una gran calidad y sus autores han sabido incluir las matemáticas de forma magistral. Me gustaría destacar el ganador de este año, por ser un relato de una gran calidad literaria, que engancha al lector y no le deja hasta la última frase, pero que además utiliza el centenario de la RSME, en 2011, como parte del mismo.

Los relatos cortos finalistas y ganadores de la edición anterior han sido publicados en el libro «Todo por demostrar. Relatos matemáticos» (Anaya-RSME, 2010), y las narraciones escolares en el libro «Ensoñaciones desde mi pupitre. Ficciones matemáticas» (Anaya-RSME, 2009).

Pueden verse los fallos de los concursos y toda la información sobre los concursos literarios RSME-ANAYA en la sección Concursos Literarios RSME-ANAYA dentro de Información de DivulgaMAT, <http://www.divulgamat.net>.

## Primer Premio del Concurso de Relatos Cortos

### Operación Pitágoras

por

**Manuel Barbero Díaz**

#### VIERNES

Valles y cimas. Cimas y valles. Una pauta que se repetía demasiado en la vida de Alberto Cañas Manrique. Sentado en el escalón, miraba con ojos apesadumbrados la luminosa entrada del Casino de Torrelodones. Diez mil euros esta vez. Y cantidades similares las veces anteriores. La cosa es que había visto el documental ése de la familia de españoles que se forraban con la ruleta y allí todo parecía muy fácil: cuestión de ser sistemático. Pero algo le fallaba a Alberto en el Casino de Torrelodones. Quizá los dueños también habían visto el documental y habían desarrollado trucos para contrarrestar las estrategias estadísticas, cambiando las ruletas o dándoles martillazos cada dos horas. A saber. También es que a Alberto le faltaba paciencia. Cosa curiosa, a la hora de jugarse las fichitas de plástico, siempre se precipitaba. Justo lo contrario de lo que sucedía en su trabajo, donde era un maestro del control y era conocido por no dejar fuera ni el más mínimo detalle. Como en su último encargo. Un golpe efectivo, con una astuta combinación de trabajo de campo y planificación, y llevado a cabo en solitario, por lo que no había tenido que compartir con nadie los diez mil euros que le había ofrecido, y pagado religiosamente, quien se lo había encargado. Esos mismos diez mil euros que ahora formaban parte de la caja del Casino de Torrelodones. Y para colmo, sin cenar, pues entró a la sala de juego convencido de su triunfo posponiendo irresponsablemente las delicias de la restauración del lugar. Valles y cimas. Cimas y valles. Sin dinero suficiente para un taxi, Alberto analizaba las posibilidades de desplazamiento existentes para llegar a su casa desde Torrelodones. No quedaba más remedio que andar hasta el Cercanías con hora y media por delante para rumiar el fracaso. Levantó su adormecido trasero y comenzó a alejarse de la puerta del Casino. En ese momento la conocida melodía de la banda sonora de «El Golpe» empezó a sonar ahogadamente en el bolsillo derecho de su chaqueta. Alberto extrajo el móvil en cuya pantalla lucía de forma intermitente un icono indicando la presencia de un mensaje nuevo. Clic. El Sebas. Clic. «Tengo algo para ti». Un trabajo. Valles y cimas. Cimas y valles.

La dirección que le había dado El Sebas correspondía a un enorme edificio en la Avenida de Andalucía. Apretó el botón del piso indicado en el resplandeciente portero

automático y se identificó como Alberto Cañas. Un zumbido eléctrico desbloqueó la puerta y le permitió acceder al luminoso hall del edificio en una de cuyas extensas paredes se incrustaban los huecos de los tres ascensores. Tenía poca información de su nuevo cliente. Al parecer iba a tratar directamente con él, sin la mediación de ningún abogado u hombre de confianza, lo que solía ser lo normal. El Sebas no sabía mucho, sólo que corría prisa pero que habría poca dificultad y no pudo ayudarle con más detalles. Alberto ni siquiera había tenido tiempo de cenar aún, pues tomó prestado el coche de El Sebas para visitar a su cliente de inmediato. Mientras subía en el ascensor, escuchando el ruido de sus tripas, se acordó de un solomillo que había visto servir en el restaurante del Casino. Cuando salió del ascensor encontró semiabierta una de las puertas, lo que le pareció un exceso de confianza, y se puso alerta. Al dar dos pasos en esa dirección, la puerta se abrió del todo y apareció la figura de un hombre canoso y con gafas que lo miró rápidamente, con mucha curiosidad, mientras le decía:

—Pase, señor Cañas. Le esperaba, pero confieso que me ha pillado usted cenando, ¿quiere acompañarme?

El interior del inmenso piso en el que penetró transmitía una inconfundible sensación de orden, aunque los aromas que llegaban de la mesa desconcentraron la naturaleza husmeadora de Alberto de tal forma que el sentido de la vista omitió de forma imperdonable visitar las numerosas y pobladas estanterías que amueblaban la mayoría de las paredes. Pero es que la mesa sustentaba poderosas razones para distraerle, exactamente ocho razones, que adoptaban la forma de codornices a la pimienta. Una fuente de barro con pimientos asados hacía de telonera en aquel concierto de olores y colores. El cliente o anfitrión, que se había presentado como Manuel de Burgos, puso un plato y cubiertos sobre la mesa y con un gesto invitó al hipnotizado Alberto a sentarse mientras decía:

—Síntese, señor Cañas, y sírvase. El pan está recién hecho. Coma y yo le iré contando por qué necesito de sus servicios. Sí, por supuesto, pruebe el vino, es de mi tierra, ¿sabe?, de... no, no gracias, yo ya estoy servido. Bueno, pues verá, le expongo lo que necesito. Se trata de un libro. Concretamente un libro llamado «Norte de Problemas» co-escrito por uno de los matemáticos españoles más importantes, el profesor Julio Rey Pastor. No, no se preocupe en tomar nota, lo tiene todo escrito en el sobre que está a su derecha. El libro se escribió en los años cincuenta y desde entonces no se ha reeditado, por lo que es difícil, casi imposible, encontrarlo a la venta. Sólo se encuentra accesible en bibliotecas, la mayoría universitarias. Eso hace de él algo especial, pues no está al alcance de cualquiera, aunque sólo los aficionados a las matemáticas pueden considerarlo valioso y, aún así, no hasta el punto de pagar mucho dinero por él. Sí, por supuesto, sírvase más, yo estoy hoy un poco inapetente, será por los nervios. Rosario, la chica que me hace la cocina, siempre hace de sobra. Pues sígo. Nadie pagaría una cantidad elevada por ese libro. Pero se da el caso de que se aproxima cierta fecha especial para mí y quiero ofrecer a algunos de mis amigos un regalo también especial. Aquí es donde necesito sus habilidades, señor Cañas. Me han dicho que es usted capaz de conseguir cualquier cosa que se le pida, siempre que se pague un precio razonable. Y me han dicho también que sabe ser discreto. No, por favor, no se ofenda y sírvase más vino, lo digo porque usted me

ha visto y sabe quién es su cliente, lo que yo he permitido que ocurra pensando que podría reforzar nuestra mutua confianza y dar mayor credibilidad a mi oferta. Todo esto porque necesito que acepte mi encargo y con urgencia. ¿Están sabrosos los pimientos, eh? ¡Coma, coma! Si no se los come usted los vamos a tirar. Y mi encargo, por ir concretando, es que me consiga veinte ejemplares del libro que le he mencionado. Sí, no se sorprenda, veinte. Ni más ni menos. Ya le he dicho para qué los necesito. Quiero darles una sorpresa a mis amigos y eso va a ser pronto, lo que me obliga a ponerle a usted el próximo sábado como fecha límite. Sí, ya sé que es poco tiempo, pero creo que para un hombre con sus habilidades ésa será la única dificultad. Y además, le ofrezco doce mil euros por el trabajo. Si hace usted la cuenta verá que cada ejemplar me va a salir a 600 euros, lo que no se corresponde para nada con su valor real. Pero veinte ejemplares de un mismo libro, siendo éste ya difícil de encontrar y su discreción, señor Cañas, creo que nos hacen ver que el precio es lo más razonable que pueda ser. Qué me dice señor Cañas, ¿acepta usted mi encargo? Por cierto, de postre hay arroz con leche casero, ¿le apetece?

¿Y quién no iba aceptar un caramelo como aquél? Alberto no había dejado escapar ningún detalle de la charlita del señor de Burgos. El atildado caballero había elegido las palabras con cuidado y en todo momento había evitado hablar de robo, pero estaba claro de que ése era el objetivo, puesto que el caballero no le iba a pagar doce mil del ala por ir a una librería. Imposible también en una semana hacer el «puerta a puerta» buscando en bibliotecas particulares posibles vendedores, veinte ejemplares eran demasiados para un plazo tan corto, y al meterles prisa los vendedores tirarían hacia precios altos, disminuyendo el beneficio. Sí, estaba claro que la elevada cantidad de dinero cumplía la oculta misión de apelar a la avaricia maximizando el beneficio, lo que sólo se podía conseguir recurriendo al robo. Bueno, Alberto los robaría, por supuesto. Las bibliotecas universitarias son pan comido, a nivel de seguridad, comparadas con la mayoría de los museos. El único inconveniente era la poca familiaridad que Alberto tenía con el medio y lo mucho que podía desentonar su cuasi iletrada cuarentonidad por los pasillos de las facultades (en el fondo era el único complejo de Alberto, cuya única universidad fue la de la vida). Muy a su pesar, acabó reconociéndose que iba a necesitar ayuda. Sacó el móvil de su chaqueta y marcó el primer número de la lista de llamadas recientes:

—Sebas, soy Alberto, el trabajo es bueno, pero voy a necesitar una conejita. ¿Sigue por aquí la gallega de la otra vez? ¿Cómo se llamaba? La universitaria.

—No, ésa conoció a uno de su pueblo mientras robaba en el metro y se ha casado con él. Creo que se han vuelto a Betanzos. Pero tengo alguien mejor, una ucraniana, o ucrania como también puede decirse.

—¿Pero es universitaria?

—Mucho mejor que eso, ya lo verás, ¿te la mando mañana a tu casa?

—Vale, me fío de ti, a las 10 de la mañana.

—¿Tú madrugando? Eres todo un currante.

—Ya te digo. Te dejo el coche y las llaves donde siempre. Te debo una.

—Me debes muchas. ¡Duerme, gañán!

Sí, dormir, pero antes un poco de información para que la almohada haga bien su trabajo. Ya en casa, Alberto pulsó el botón de encendido del ordenador portátil y

comenzó a desabotonarse la camisa. Una manchita de grasa cerca de un ojal le evocó las tiernas codornices a la pimienta, despertándole la sed. Se sirvió una cerveza de la nevera y se sentó cómodamente en el sofá, delante de la resplandeciente pantalla azul del ordenador, donde una ventanita exhibía con eficiente modestia el mensaje «Existen conexiones wifi disponibles». Eligió la denominada «Petardos del tercero». Segundos después, el mensaje «Internet conectada» apareció en una esquina y Alberto sonrió recordando lo fácil que había sido conseguir la contraseña de «los petardos del tercero»: ir un día que sólo estaba ella, pedir un poco de sal y, mientras ella iba a la cocina, levantar el router del despacho de él y hacerle una foto con el móvil. Más o menos igual de fácil que con el resto de sus vecinos. El sencillo truco se lo había enseñado su sobrino de trece años. Una vez abierto el navegador, realizó la primera búsqueda «Julio Rey Pastor». Vale: biografías, fotos (un señor muy circunspecto), detalles de su biografía. Fundador de la Sociedad Matemática Española. Un cráter en la luna lleva su nombre. Vaya. Un instituto de Madrid también lleva su nombre. Un tipo importante que le resultaba totalmente desconocido. Libros en catálogos de bibliotecas, humm, interesante. Las bibliotecas tienen sus catálogos disponibles por Internet. Se levantó apurando la cerveza. Eso va a facilitar la organización y va a permitir aprovechar el sábado y el domingo para algo, eligiendo los objetivos. Llegó hasta el dormitorio y se quitó los pantalones. El lunes, cuando las bibliotecas estén abiertas, será el momento de moverse. Se quitó los calcetines. ¿En cuántas bibliotecas de Madrid se podrá encontrar el librito? Se dirigió al cuarto de baño. Espero que lleguen a veinte. Comenzó a aliviar la presión de su vejiga. Si no, habrá que salir fuera. Veamos. Universidades cerca de Madrid, Salamanca, ésa es famosa. ¿Toledo tiene universidad? ¿Segovia? Volvió al dormitorio y se tumbó en la cama. Hay trabajo para rato. Mañana... y Alberto se quedó plácidamente dormido. A lo largo de la noche, tuvo un sueño extraño en el que aparecían unas codornices jugueteando en la luna.

## SÁBADO

A las diez y media, el zumbido del timbre de la puerta despertó a Alberto, que se levantó trastabillando, miró la hora y se acordó de que le dijo al Sebas que le mandara la chica a las diez. Se puso las zapatillas y caminó hacia la puerta rascándose el pelo con intención de peinarlo un poco. Por la mirilla sólo vio una sombra difusa, una mancha roja. Al abrir la puerta se llevó una, para qué negarlo, agradable sorpresa con lo que encontró al otro lado. Pelo rubio y ojos azules, cristalinos, para empezar, después una altura nada desdeñable, luego un montón de juventud, fresca juventud, y para terminar una muy buena distribución, en cuanto a forma y proporción, de los atributos físicos característicos del género femenino, por lo menos hasta donde dejaba adivinar el chándal rojo. Sí, un chándal rojo. Y unos auriculares en las orejas. Juventud, fresca juventud. Alberto recordó que él era el jefe y que aquello no era más que trabajo.

—Llegas tarde —dijo como único saludo.

La chica rubia lo miró con cara de curiosidad, hizo una mueca como de resignación y mientras entraba en el piso como si fuera su casa dijo de forma seca:

—Vine antes, toqué timbre, pero tú muy ocupado seguro.

Esto último lo dijo señalándole a Alberto las marcas de las sábanas en la cara. Las eses le silbaban de forma extraña al hablar, la entonación le recordó a la de las chicas malas de las películas de James Bond, pero con mucho menos glamour. La miró de arriba abajo antes de preguntarle:

—¿Así que eres ucraniana?

—Tak.

—¿Eso es ucraniano?

—Tak.

—¿Y quiere decir sí?

—Tak.

—Tendrás un nombre.

—Tak.

—...

—No te gusta de reír poco me parece, Alberto Cañas. Me llamo Jacqueline.

—Eso no es ucraniano.

—Mi padre gusta de cine y actriz Jacqueline Bisset. ¿Cuarto de baño?

—¿Qué? ¿Cómo? ... ¡Ah, sí! Ahí, a la derecha.

La muchacha se desplazó de forma suave hacia el servicio dejando a Alberto sumido en la duda sobre qué opinión hacerse. Estaba claro que tenía el aspecto necesario para la tarea que tenían por delante, pero se preguntaba si la pobre no sería demasiado cortita y si entendería lo que le decían. Habría que ponerla a prueba sin que se diera cuenta. Cuando ella volvió al salón Alberto notó que se había arreglado el pelo, que al llegar tenía un poco alborotado, y que era más alta que él, aunque sólo un poco. Sí, muy poco. Cuando se dejó caer en el sofá, la muchacha bajó con naturalidad parte de la cremallera de la parte superior de chándal exponiendo a la vista la camiseta interior blanca y aportando así más datos al embelesado Alberto sobre las formas y proporciones femeninas ya mencionadas. Sí, la chica era perfecta para lo que Alberto tenía en mente. Y una de las cosas que tenía en mente era el trabajo. Decidió quitarse de encima su duda.

—Oye, ¿tú entiendes bien el español?

—Perdón, no entiendo verbo entender. ¿Qué quieres decir?

—Vaya, graciosa la nena. ¿Entiendes lo que significa «estar muy buena»?

—Tak. Significa hombres diciendo cosas tontas y pensando de guarrería.

—Bueno, bueno, vale. Habrá que empezar a hablar de negocios. El trabajo es simple. Hay que sacar unos libros de unas bibliotecas y traerlos aquí.

—Robo.

—¿Te incomoda?

—Vale. ¿Robo yo? ¿Robas tú?

—Se trata de organizarse, en equipo, ¿me entiendes? Son veinte libros en diferentes sitios. Cada sitio puede ser distinto. Será en bibliotecas de universidades, por eso necesito que tú... , quiero decir que tú necesitarías parecer más...

—Fácil ser estudiante. Sólo joven y libros.

—Bueno, sí, y quizá la ropa...

—¿Qué pasa la ropa?

—Algo distinto al chándal, más. . .

—Chándal muy buena ropa muy cara, 250 euros, marca, mira.

A lo largo de toda la mañana Alberto no había podido evitar acordarse de la gallega, la universitaria, y lo fácil que era entenderse con ella. Con Jacqueline la cosa no iba a ser un suma y sigue. Algunas cosillas no cuadraban como, por ejemplo, la comida: la muchacha había rechazado la pizza pidiendo fruta en su lugar, producto inexistente en la desértica nevera de Alberto. «Será una de esas bulímicas», pensó masticando la pizza como un rumiante, «aunque no está nada flaca». Había costado un buen dolor de cabeza consensuar el vestuario que debía usar la muchacha y sólo al final había logrado convencerla de las ventajas del pantalón vaquero. Con la camisa blanca de botón superior convenientemente desabrochado no había tenido éxito. Ella prefería camisetas. Luego se había reído de él cuando le había dicho que comenzaba la Operación Pitágoras.

—¿Operación Pitágoras?

—Sí.

—No tienes Pitágoras aquí.

—Es un libro de matemáticas, ¿no?

—¡Ja! Tú sólo conoces eso matemáticas, por eso dices Pitágoras.

—¡Vaya! ¡Me vas a examinar! ¡Tú, además!

—¡Ah! ¡Claro! ¡Yo! ¡Rubia tonta! ¡Rubia no sabe! Pero rubia estudia matemáticas siempre bien en escuela y te dice Operación Pitágoras es muy tonto nombre.

Lo único bueno es que la muchacha parecía tener una facilidad pasmosa para trabajar con el ordenador y cuando supo que las bibliotecas tenían su catálogo accesible por Internet se puso manos a la obra en seguida. Llevaba toda la mañana ensimismada delante de la pantalla, examinando páginas y páginas. El sobre que don Manuel de Burgos dio a Alberto contenía un único folio con una escueta información:

TÍTULO DEL LIBRO: Norte de Problemas

EDITORIAL: Dossat

FECHA: 1951–52

AUTORES: Julio Rey Pastor – José Gallego Díaz

Esto bastó a la muchacha para comenzar sus búsquedas y para obtener cuantiosa información que anotaba rápidamente en un documento de texto. Viendo que no tenía nada que hacer por el momento, Alberto decidió darse una ducha y cuando volvió, bien perfumado y todo hecho un pincel, le pareció que faltaban algunos de los trozos de pizza que había dejado sobrantes sobre la mesa del salón. Espió distraídamente a la muchacha, que parpadeaba mientras miraba sumamente concentrada la pantalla del ordenador, buscando encontrar algún rastro de tomate o culpabilidad en su rostro, pero nada, salvo la evidente desaparición de la comida, parecía indicar que la pizza hubiera partido en aquella dirección. Sin que disminuyera ni un ápice su atención en la tarea desarrollada, la muchacha se permitió emitir, fiel a su estilo, comentarios de una contundente sinceridad:

—Maximo Dutti colonia de niño jugando a mayor.

Agua. El comentario ni siquiera rozó el ego de Alberto, hombre acostumbrado a navegar con soltura a través de la dialéctica hombre-mujer y todo un veterano del antiquísimo juego de la seducción.

—¿Y tú no juegas nunca? Pareces más agria que la leche de una cabra del Sahara. ¿Crees que por un detalle puedes juzgar a una persona? ¿Así? ¿Sin mirar el conjunto?

La última pregunta precedió a una postura que buscaba transmitir una masculinidad superlativa y que había sido concienzudamente ensayada delante del espejo unos minutos antes. Los cristalinos ojos abandonaron la pantalla para satisfacer la curiosidad de su dueña, tras lo cual las cejas se levantaron, más una que la otra, para manifestar una mezcla de sorpresa e ironía:

—Con ojos cansados ya miro y veo conjunto llamado Alberto Cañas, que prueba lo que funciona pero no siempre funciona. Si es trabajo, es trabajo. Y jugar no es trabajo para mí.

Pulsó una tecla, que por su sonoridad podía ser la de Intro, y se levantó, haciendo chirriar ligeramente la suela de las zapatillas deportivas al apoyarlas en el suelo.

—Tengo más cosas que hacer y organizarme. ¿Mañana misma hora?

Mientras ella cerraba la parte superior del chándal y se dirigía hacia la puerta, Alberto fue asimilando lo que estaba pasando y acertó a responder con mal disimulada naturalidad:

—Sí. Las diez está bien.

—Hasta mañana, entonces.

—Sí. Hasta mañana.

Aunque lo más probable es que ella no escuchara la respuesta, pues se había puesto los auriculares mucho antes, los cuales emitían ya un rítmico bisbiseo. La mancha roja se esfumó por la escalera antes de que Alberto llegara a la puerta para cerrarla.

A solas consigo mismo, Alberto hizo todo lo posible por evitar cualquier reflexión, pues era obvio que todas las conclusiones a las que pudiera llegar iban a dejarlo a él en un lugar incómodo. Su experimentado ego, curtido en mil batallas similares, dirigió a los pensamientos del transitoriamente descarriado cerebro hacia actividades más acordes con la funcionalidad de este órgano: resolver problemas. Y tenía un problema que resolver. Cayó entonces en la cuenta de que la chica, Jacqueline, había trabajado varias horas en el asunto y él no había hecho ni el huevo. Bueno, había ejercido de jefe, pero muy poco. Ni siquiera tenían aún un plan, y ya había pasado un día, pues el sábado se acababa. Se quitó la chaqueta, levantando con el gesto un olor a colonia que hasta a él le pareció excesivo, y se dirigió hacia el ordenador. En la pantalla, el cursor parpadeaba al final de un documento de texto sin ningún sentido, donde sólo se reconocían los nombres de distintas ciudades de la geografía española, los de algunas universidades, y cifras junto a los nombres. Alberto creyó entender que la muchacha había apuntado cuántos ejemplares estaban disponibles en cada ciudad y dónde estaban localizados. Después de diez frustrantes minutos intentando hacerse una idea general de lo que tenían, decidió hacer uso de sus modestos conocimientos de ofimática para poner un poco de orden en todo aquello y poder pensar, así, con más claridad. Veinte frustrantes minutos después, resopló por



fin aliviado y contempló, orgulloso, el fruto de su esfuerzo. Delante de él, una rutilante y perfectamente centrada tabla permitía constatar dos cosas. Primera: que la información bien ordenada habla, a menudo, por sí misma. Segunda: que los cursos de formación penitenciaria son más útiles de lo que la gente piensa.

Una columna con las ciudades. Otra columna con el número de ejemplares. Otra columna con detalles sobre los ejemplares (Acceso Libre, Depósito, Departamento, etc). Sí, la tabla había quedado chula, pero las noticias no eran buenas. Unos cuarenta ejemplares distribuidos por toda España. Sólo 11 en todo Madrid. Estaba claro que podía haber más que no estuvieran localizables a través de Internet, pero no había mucho tiempo para andar por ahí husmeando. Había que ir a por cada ejemplar, cogerlo y llevárselo. ¡20 ejemplares! El trabajo comenzaba a resultarle incómodo. Demasiados detalles como para tenerlos todos en cuenta. En algunos casos habrá que ser osado. En otros, mejor no intentarlo. Como el ejemplar de la Biblioteca Nacional: demasiado riesgo para 600 euros. De ése mejor olvidarse. Y respecto a los otros, genial si se consiguen todos, pero alguno puede fallar. Mañana domingo habrá que planificar cada uno de ellos hasta donde sea posible. Y luego... , y luego hay que decidir hacia dónde ir.

La mente de Alberto volaba, las ideas surcaban su imaginación como fuegos de artificio, explosionando de forma deslumbrante. Se dirigió al armario del salón y de un cajón sacó un bloc de dibujo: su herramienta preferida de planificación. De otro cajón extrajo varios mapas de diversos tamaños, pero todos primorosamente plegados. Quitó el ordenador de la mesa, poniéndolo en el suelo, y desplegó sobre ella uno de los mapas, el que representaba la Península Ibérica. Portugal y Galicia sobresalían y colgaban de la mesa, pero esto no le importó, pues su atención iba dirigida más hacia Cataluña. En concreto a la línea imaginaria que la unía con Madrid. Arrancó una hoja del bloc y comenzó a trazar sobre ella una especie de esquema geográfico, señalando las ciudades con unos puntos y las carreteras que las unían con líneas. Incluía sólo las localidades de la tabla, visible en la pantalla del ordenador a su lado, en el suelo, y escribía bajo el nombre de cada una el número de ejemplares del libro disponibles. Su idea original era representar sólo algunas ciudades, pero poseído por un fervor organizativo inusitado, acabó volcando toda la información de la tabla en su diagrama de puntos y líneas. El esquema final parecía representar una España esquelética. Pero aún faltaba algo. Sí. Con la ayuda de una de las tablas del mapa de carreteras señaló en su esquema las distancias que separaban a las localidades adyacentes, escribiendo el número de kilómetros sobre la línea que las unía. Cuando hubo terminado, borró algunas líneas que le parecieron innecesarias y perfiló las que estaban mal hechas hasta que el resultado fue estéticamente de su agrado. Lo contempló satisfecho durante unos minutos. Después de plegar el plano cuidadosamente y de depositarlo en el armario junto al ordenador ya apagado, fue a la cocina e introdujo en el horno los trozos de pizza que aún quedaban. Volvió al salón y se sentó en frente del esquema, reflexionando sobre él mientras comía. A las once y media de la noche ya tenía las ideas más o menos claras. El esquema estaba ya dentro de su cabeza, por lo que la hoja de bloc fue a parar a un cajón del armario. Sacó de nuevo el ordenador y lo conectó. Mientras éste se iniciaba, se dirigió a la ventana. En la calle se desplegaba la agitación normal de un sábado por la noche: jóvenes

con bolsas de plástico seguramente conteniendo bebidas, conversaciones a voces, un calidoscopio de luces de freno como consecuencia de una conducción apasionada, y reflejos de televisores en los cristales de las ventanas.

En la mesa, la pantalla del ordenador refulgía de nuevo. Alberto cogió un nuevo mapa, desplegándolo sobre el sofá. Éste era de un tamaño menor, y representaba la comunidad de Madrid a una escala poco detallada. Buscó su tabla de datos en el ordenador y la mostró en pantalla. Comenzó a organizar los datos que tenía sobre las universidades cercanas. A las dos de la madrugada ya había satisfecho toda su curiosidad operacional, tomado las notas necesarias, había mirado los resultados del partido de la tarde y también su correo electrónico, quedándose dormido mientras contemplaba una presentación en PowerPoint enviada por un colega, supuestamente graciosa, en la que se explicaba, a golpe de frase corta y foto, por qué las mujeres conducen peor que los hombres.

## DOMINGO

A las diez en punto el timbre de la puerta sonó con su alarmismo habitual, mitad zumbido, mitad berrido. Nada más apretar el botón, Jacqueline se agachó para reafirmar el cordón de una de sus zapatillas, ya que no esperaba que la puerta se abriera inmediatamente. Pero, para su sorpresa, esto fue lo que ocurrió, por lo que se encontró arrodillada frente a un Alberto peinado, afeitado y vestido con unos zapatos Fluchos marrones, unos vaqueros Levi's que le quedaban como un guante y una camisa perfectamente planchada con un pequeño logotipo en la pechera que no acertaba a distinguir desde su humillante posición genuflexa. Se puso de pie con un movimiento que pretendía ser ágil, pero la mochila que llevaba en la espalda la desestabilizó un poco, haciéndola cimbrarse mientras constataba que el logotipo de la camisa era un jugador de polo y decía:

—Hola.

—Hola. Pasa. Tenemos mucho que hacer.

Alberto se iba alejando hacia el salón mientras hablaba, como si la visita que acababa de recibir no fuera más que un estorbo que venía a interrumpir una tarea muy seria. Jacqueline permaneció unos segundos detenida en el umbral de la puerta, cejijunta y reflexiva, pero acabó entrando, cerró la puerta, soltó la mochila en el suelo del salón, al lado de una silla, y se sentó en la silla esperando saber hacia dónde soplaba el viento.

Una hora después el viento comenzó a amainar, después de haber soplado intensamente en su dirección. El espectáculo había sido asombroso. Un Alberto arrolladoramente profesional había expuesto con una claridad meridiana cada uno de los aspectos del plan, tumbando de forma racional, uno tras otro, cualquiera de los comentarios que la muchacha había añadido a varios detalles concretos. Entre sus manos ella tenía un buen puñado de esquemas manuscritos que, a pesar de la irregular caligrafía de Alberto, eran fácilmente comprensibles y daban una perfecta visión de todo el plan, entre ellos un completo mapa de la geografía española, otro de la Comunidad de Madrid, esquemas de campus universitarios, de bibliotecas, puertas

de acceso, horarios y hasta la situación de los servicios. Alberto le había dado los originales pues, según decía, él ya había memorizado todo. La última hoja mostraba un calendario de organización para la semana. Era de lo que estaban hablando ahora, con un Alberto ya un poco menos serio y más relajado.

—Ya lo he explicado antes. El problema que tenemos entre manos es, como si dijéramos, dinámico. El plan puede necesitar cambios en cada momento, porque aunque el libro está allí, no está claro que podamos sacarlo. Cada libro que nos falle nos puede obligar a cambiar la ruta. Es difícil saber cuál es la mejor ruta, porque aunque en el norte, fíjate en el mapa, hay claramente más ejemplares, estos pueden ser más inaccesibles. Por otro lado, está claro que donde más haya, más fallos nos podemos permitir y más fácil será improvisar.

—Pero entonces no entiendo por qué esto.

—Porque no todo es lógico y racional. Cuando un problema es grande y complicado como éste, a veces funciona mejor la intuición o la, llamémoslo así, experiencia previa. Si hay que empezar por un sitio, uno siempre prefiere empezar por lo que conoce, por donde se siente cómodo. El terreno conocido es el campo de pruebas ideal para después aplicar lo aprendido a situaciones nuevas.

—Terreno no conocido para mí.

—Pero sí para mí, y yo sé lo que me hago. Recuerda que he trabajado en esto desde hace un tiempo. Te necesito para acelerar la cosa, pero si hubiera tiempo me las podría arreglar solo.

—Vale luego entonces.

—Entonces procedemos como en el esquema. Mañana lunes nos atacamos a todo Madrid. Ya sabes, ahí está escrito. Empezamos por la biblioteca que abre antes y terminamos por la que cierra más tarde. Tenemos aquí diez objetivos. Cuantos más saquemos, más nos facilitamos la vida para el resto de la semana. Si todo va razonablemente bien, el martes bajamos a Ciudad Real, Linares y Córdoba, con cuatro objetivos más. El viaje se hace en el día. Dormimos en casita. El miércoles saldremos hacia el norte, sabiendo cuántos objetivos nos faltan por completar. Esto es como un videojuego. Nos dirigimos hacia Barcelona haciendo las paradas pertinentes en Zaragoza, Lleida y Tarrasa. Son tres objetivos. Llevamos uno más preparado por si llegamos pronto a Barcelona. En todo caso, dormimos allí.

—Yo tengo amigo para piso allí. Fácil y no dice nada.

—Bueno, lo estudiaremos, depende de la zona. El jueves se saquea Barcelona, tenemos 5 objetivos allí. Lo ideal es terminar por la mañana. Si falla alguno, nos seguimos moviendo, el jueves o el viernes, hacia Pamplona y Vitoria, que tienen tres objetivos, o incluso Oviedo y Gijón, con 4 objetivos más. En cuanto lleguemos a los veinte ya estamos volviendo a Madrid. El sábado es el límite para la entrega y el pago.

Poco más se podía añadir. Jacqueline guardaba silencio, lo que Alberto interpretó como una victoria total en todos los frentes, puesto que la muchacha no se distinguía precisamente por callarse las cosas. Satisfecho de la explicación que había dado y de su exhibición de liderazgo, decidió que era el momento de tratar uno de los puntos espinosos del asunto.

—Respecto al pago, aún no hemos hablado del reparto, pero creo que lo razonable sería. . .

—Antes reparto yo digo cosas no tú no dices. Todo el tu plan es de viaje y llegar, pero no saca los libros con rápido método o otra manera. El tu plan no dice método. Muchos lugares distinto y no entrar fácil como coger flores en el campo.

—No te preocupes, llevo años en esto y sé lo que me hago. Tú sólo tienes que hacerte pasar por estudiante y distraer a la persona responsable.

—Yo no llevo años en esto también pero tengo método.

En ese momento se agachó y puso su mochila encima de la mesa. Era una bolsa forrada de uno de esos tejidos nuevos con una apariencia mitad plástico, mitad tela, de un color rosa claro y estampada de florecitas amarillas, verdes y rojas. Era de un tamaño discreto, pero parecía espaciosa. Tenía dos pequeños bolsillos de distintos tamaños en cada uno de los laterales, cerrados con cremalleras, a los que se les había añadido colgantes de aspecto descaradamente infantil. Alberto no entendía de qué iba aquello. No había manera con la chica rara ésta.

—Es la mochila de amiga. La pido para cosas. Es completamente forrada de metal y no lo ves. Máquinas de sonar en tiendas si te llevas cosas no suenan con cosas dentro de la mochila de amiga. Tú sólo coges cosa, metes mochila y te vas. Fum. Método ya conocido por tiendas. Carrefour, Alcampo, Eroski ya saben y vigilan. Tiendas ropa cara también. Pero otras tiendas pequeñas no ponen control, metes y te vas. Bibliotecas con máquina de sonar no conocen método seguro. Nadie roba libros mucho. Más fácil con mochila por ir estudiante a estudiar. Anoche yo encuentra amiga que va a fiesta de los llaman Erasmus. ¿Conoces Erasmus? Estudiantes de países vienen para estudiar universidad España. Todos ellos juntan en casa a menudo y hacen fiesta de ellos con también españoles. Para entrar y llegar allí sólo regla llevar botella de bebida. Amiga y yo coge mochila. En supermercado Opencor mete botella ron caro y sale con amiga que paga botella de agua. Máquina no suena. Vamos a fiesta, con dueño de piso contento por botella y mi amiga que viene guapa y yo. Mucha gente, estudiantes. Beben y yo digo que bebo y me encuentra mal y busco cama en habitación para descanso, que estaba con ropa y bolso por todas partes. Yo estoy sola y nadie viene. Cojo chaquetas y miro, y en bolsos. Deprisa saco cosas y meto en aquel mismo sitio. En poco rato tengo todas estas y me voy a casa en cuanto digo adiós amiga que baila y habla divertida.

Mientras hablaba, había abierto uno de los bolsillos laterales de la mochila y había puesto sobre la mesa al menos una veintena de carnés de biblioteca de diferentes universidades. Entre el montón de tarjetas se podía ver también algún que otro DNI, que debía pertenecer a alguno de los fiesteros nacionales. «Esto es lo que se llama iniciativa propia», pensó Alberto mientras observaba aún sorprendido la procedencia y la hechura de cada uno de los carnés.

—Esto nos va a venir genial. Si funciona, no vamos a necesitar tu mochila de tarta de fresa.

—Todos son de universidad para Madrid. En no Madrid mejor mochila.

—Fuera de Madrid intentaremos conseguir más como estos. La mochila habría que probarla antes, no vaya a ser que tengamos sorpresas.

—Mochila funciona bien, mi amiga saca libros en biblioteca verano último y todo bien. Es método.

—¡Mira! ¡Éste es perfecto, es muy parecida a ti!

Alberto mostraba un carné del montón con la foto de una muchacha rubia y de ojos azules. El corte de pelo no era muy distinto del que lucía Jacqueline. La única diferencia radicaba en que la cara era mofletuda y la parte del tronco visible anunciaba una talla XL.

—Rachel Bauer. Perfecto. Podemos hacerte pasar por una estudiante alemana de intercambio.

La muchacha no parecía entusiasmada con la idea. No sólo no había obtenido un reconocimiento explícito a los evidentes logros desparramados sobre la mesa, sino que además le iba tocar hacerse pasar por la antipática Rachel que para ella no era una desconocida, pues había tenido la ocasión de encontrarla en la fiesta.

—Vale. Yo puedo ser Rachel, pero sólo en esa universidad. Y de paso, decías antes cómo hacer reparto.

—Tocado. Está claro que estás involucrada en el trabajo. Considero justo un 60-40. Yo he conseguido el trabajo y llevo la responsabilidad y la logística. Tú vas a arriesgar un poco más, pero si tu parte te parece poco, siempre puedo encontrarme a otra.

—Estoy dentro.

—Estás dentro. Tienes esta tarde para hacer las maletas que necesites y descansar. Mañana empezaremos pronto. A las ocho menos diez delante del portal.

—Vale. Mañana entonces.

Cerró los bolsillos y se colgó la mochila de la espalda. A saber qué cosas no pagadas llevaba dentro. Cuando abrió la puerta, se volvió un momento para hacerle un gesto de despedida a Alberto con la mano y, cosa inesperada, una sonrisa de las que enseñan los dientes apareció en su rostro angelical, contribuyendo a enmarañar aún más el nudo de opiniones que Alberto se había hecho de su nueva compañera de trabajo. La puerta se cerró, empujando hacia la ensoñación a una ahora solitaria mente masculina. Mientras calentaba una lasaña en el horno, cogió su móvil y seleccionó el número de El Sebas. «El número marcado no está disponible. Deje...». Colgó cuando se acordó que era domingo y que el Madrid jugaba en casa. El Sebas estaría con sus chicos en el Bernabéu. Probó fortuna más de dos horas después, esta vez con éxito.

—Sebas.

—Cañas, vi tu toque, pero estaba con los chicos en el fútbol.

—Necesito un coche para mañana a las ocho. Utilitario. Pero de cuatro puertas.

—Espera que me asome... Tengo ahí un Clio y un Focus.

—El Clio me vale.

—Le digo al Rafa que te lo aparque por allí esta noche. La llave, ¿en el buzón?

—Sí, Sebas, muchas gracias. La próxima la pago yo.

—Te tomo la palabra.

—Oye. La ucraniana, de lujo.

—Ya te dije que era la mejor. No me la quemes.

—Descuida.

A las diez, Alberto estaba en la cama completamente dormido.

## LUNES

A las nueve menos cuarto habían conseguido aparcar por fin el Clio en una gran explanada cercana a unos edificios de ladrillo. El tráfico había sido una auténtica pesadilla, como todas las mañanas en Madrid, y les había llevado casi una hora llegar hasta la ciudad universitaria. Se habían fijado muchos objetivos en la zona y lo ideal era cumplirlos antes de la hora de comer. Comenzaba la operación Pitágoras.

Empezaron por la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Agrónomos, en cuya biblioteca un ejemplar aparecía en el catálogo como «Libre acceso». Era, en principio, un objetivo fácil. Jacqueline se encargó de entrar en la biblioteca, localizarlo, meterlo en la mochila discretamente y salir con normalidad, intentando no coincidir con nadie al cruzar el arco de seguridad, no fuera a ser que éste pitara debido a alguna otra razón y se descubriera el pastel. Caminando hacia su próximo objetivo, Alberto curioseó al tacto el libro, mientras lo pasaba de la mochila tarta de fresa a una discreta bolsa marrón de deporte, compañera fiel en tantas aventuras, que colgaba bamboleante en su hombro.

Le tocaba el turno al segundo objetivo, la Facultad de Matemáticas de la Complutense, uno más de los numerosos edificios de ladrillo del campus. No se cruzaron con muchos estudiantes hasta que pasaron por delante de la cafetería. La biblioteca tenía dos espacios distintos, y el ejemplar en liza figuraba en el área de investigación, zona en la cual no existía acceso libre, en principio. El plan era entrar como Pedro por su casa y coger el libro. En caso de ser sorprendida, Jacqueline tenía que pasar al plan B: la estudiante de intercambio que no conoce el sistema. El carné de la alemana no servía aquí, pues era de otra universidad, así que el plan era despertar lástima a base de exhibir ignorancia. Fundamentalmente, se basaba en la improvisación. Pero no fue necesario, puesto que una vez localizado el libro, utilizando su número de catalogación, bastó con meterlo en la mochila y desaparecer. Una mujer contempló con cierta curiosidad a Jacqueline mientras salía, pero nada pareció despertar sus sospechas.

Para el tercer objetivo, en la vecina Facultad de Empresariales, le tocaba jugársela a Alberto. Iba ser la primera vez que recurrieran a los carnés. Los dos ejemplares del libro conseguidos ya estaban en el maletero del coche, por lo que la bolsa estaba vacía cuando accedió, en solitario, a la biblioteca. En el mostrador había un hombre, con las gafas más gruesas que Alberto había visto en su vida. Desde detrás de ellas, unos ojos de tamaño cambiante le miraban mientras se aproximaba. Alberto encaró al bibliotecario con ensayada soltura, intentando obviar lo mucho que se parecía el hombre a la idea que él se había hecho siempre de los profesionales de la archivística.

—Hola, buenos días.

—Buenos días. ¿Qué quería?

—Verá. Vengo de parte de mi hijo Carlos. Resulta que se ha roto una pierna. . . Con la moto, ¿sabe? Se cruzó un perro y frenó tarde. Se le vino la moto encima. Y

está estudiando y me ha dicho que necesita un libro y yo le he dicho que yo se lo llevaba, pero me ha dicho que no me iban a dejar ustedes el libro y yo le he dicho que llevando el carné y el DNI que seguro que me lo dejan. Es que dice que el libro lo necesita, que no lo venden, porque yo le había dicho que se lo compraba y ya está, pero es verdad. He ido a tiendas y no lo tienen.

El bibliotecario miraba a Alberto con sus ojos de tamaño cambiante y, a ratos, pasaba también la vista sobre el carné bibliotecario y el DNI depositados sobre el mostrador, en frente de él, donde se esquinaba la foto de un muchacho con aspecto despreocupado y pinta de frenar siempre demasiado tarde. Carlos de Soto Aguirre, se leía bajo la foto. Entre las miradas al padre y al carné del hijo, al menos un par de veces los bibliotecarios ojos apuntaron con la visual al pequeño logotipo del jugador de polo en la pechera de la camisa de Alberto. Detalle no sin importancia que precedió a un

—Dígame el libro.

El mismo mecanismo, con el mismo carné, aunque con distinto bibliotecario, funcionó en la biblioteca de la Facultad de Veterinaria. Como les parecía que la cosa estaba siendo más sencilla de lo que habían pensado, se habían separado y Jacqueline estaba probando suerte en la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Telecomunicaciones, mientras Alberto se distraía en el coche ojeando uno de los cuatro ejemplares que ya poseían. Era un libro de problemas de matemáticas sin más historia, problemas que le resultaba imposible juzgar si eran fáciles o difíciles puesto que muchos de ellos tenían signos incompresibles en el enunciado. Sus conocimientos no llegaban a tanto. El aspecto de los libros era un tanto decrepito pero no parecía que fuera por un excesivo uso. Más bien tenían un aspecto de abandono. «¿Por qué guardarán tantos libros que nadie lee?», se preguntaba Alberto al pasar las páginas con la sensación del pionero en ignotas tierras vírgenes. «El señor Rey Pastor tenía que haber ido a fiestas Erasmus de ésas en lugar de escribir libros que sólo acumulan polvo». En un momento dado se detuvo a leer una parte que, al menos en principio, le resultaba comprensible. «Suena la sirena de un pesquero y a los 20 segundos suena la de otro que está pescando a 10 millas. Calcular la posición de un tercer pesquero, que se encuentra entre ambos, desde el cual se oyen ambas sirenas al mismo tiempo. Se supone que la velocidad del sonido, en el aire, es de 340 metros por segundo». Según indicaba el propio libro, el problema había sido propuesto en la Escuela Especial de Ingenieros Navales en 1950, lo que a Alberto no le cuadraba.

—No tiene sentido. Si en 1950 no había GPS, ¿cómo pueden saber que los barcos están separados 10 millas? Tiene que ser que se ven el uno al otro y calculan más o menos. Entonces, el que está en medio, no tiene más que hacer lo mismo. Mirar a los otros y calcular más o menos. Y si los del tercer barco ya saben que los otros dos están separados 10 millas, lo tendrán más fácil. Verán que están más cerca de uno que de otro, y no tendrán que ponerse a escuchar sirenas, a no ser que estén aburridos. O a no ser que haya niebla. Entonces la sirena es útil. Debe ser por eso que han tocado la sirena. Hay niebla y el problema no lo dice.

De sus ensoñaciones le sacó Jacqueline golpeando en el cristal del acompañante. La muchacha abrió la puerta, arrojó dos ejemplares del libro al asiento trasero, se sentó y cerró la puerta.

—¿Algún problema con los tuyos?

—Nada. Vamos por más.

—Creo que mejor dejamos aquí el coche y vamos en metro.

—No dejamos nada y no volvemos aquí. Mejor desaparecer y seguir.

—En metro iríamos más rápido. Ya has visto esta mañana.

—Yo te digo mejor desaparecer.

—¿Por qué? Todo ha ido bien, ¿no?

—Sí, todo bien. Pero es tonto volver aquí. Mejor desaparecer. Estamos en coche ya.

—Bueno, aparcaremos cerca de alguna parada de metro.

Y maniobrando de forma precisa, Alberto sacó el Clio de la explanada, camino del intenso fluido automovilístico madrileño. Atrás iban quedando los edificios universitarios que habían sido desprovistos, de forma subrepticia, de algunos de sus pequeños tesoros. Alberto encontró un aparcamiento en Moncloa, y desde allí fueron en Metro hasta Gregorio Marañón, donde llegaron ya a la hora de comer.

—Venga, te invito a comer.

—¿Y los objetivos?

—Llevamos seis. Nos quedan sólo cuatro y de los fáciles. Además, el personal de las bibliotecas puede estar comiendo y hacernos todo más lento. Comemos, descansamos y seguimos. Así me cuentas cómo te ha ido.

Entraron en el restaurante de un hotel y Alberto buscó una mesa cerca de los ventanales. Se sentaron y examinaron la limitada carta en silencio. Cuando les tomaron nota, Alberto pidió un filete con patatas, Jacqueline una ensalada y de nuevo el silencio. Alberto acabó disparando primero, consiguiendo que Jacqueline abandonara su meticulosa observación de los bordados de la servilleta.

—¿Has mirado el libro? ¿El Norte de Problemas ése?

—¿Mirado? ¿Mirado dentro?

—Sí, los problemas. Son raros. ¿No?

—Son problemas de matemáticas para gente que estudia matemáticas.

—Sí, ya, pero no tienen sentido. Hasta cuando parece entenderlo no lo entiendes.

Alberto puso como ejemplo el problema de los dos barcos tocando la sirena por aburrimiento, explicando por qué no tenía sentido preguntarse esas cosas si no hay niebla.

—No hace falta niebla para preguntar cosas.

—Pero si pueden verse el uno al otro, saben las distancias.

—Es situación artificial de resolver, es forma normal de aprender. Tienes conocido problema de piernas y cabezas.

Trajeron su filete a Alberto, que comenzó a desgarrarlo con el cuchillo ipso facto, mientras contemplaba con disimulada admiración la incesante gesticulación de su compañera de mesa, que aliñaba la ensalada al tiempo que se esforzaba por encontrar las palabras adecuadas para transmitir las complejas ideas necesarias en su argumentación.

—Tú conoces seguro problema de granja con gallinas y conejos. Señor de problema te dice que son un número de cabezas y son un número de piernas y te pregunta



cuántos conejos son y cuántos gallinas son. Tú calculas y encuentras, pero señor de problema ya sabe solución, porque si cuenta cabezas y cuenta piernas es más difícil que contar animales sólo, pero pregunta más difícil y así tú piensas más y aprendes más.

—Sí, ya sé que resolviendo problemas aprendes cosas más difíciles, pero creía que eran cosas útiles. Si yo veo al camarero, y él me ve a mí, no tengo que silbarle para que sepa dónde estoy.

—Es regla de juego, como en deporte. Regla es rara, pero igual para todos. No toca pelota con pie. No toca pelota con mano. Piensas cumpliendo regla y cuando no hay regla para cumplir piensas más fácil. Es entrenamiento no inútil. Tú piensas plan B aunque luego no utilizas, pero no es inútil. Lo piensas con regla, falla plan A, pero luego no hay regla y piensas y haces como quieres: plan A.

Masticando las últimas patatas fritas, Alberto buscaba una fórmula verbal para expresar sus confusos sentimientos. Estaba cada vez más admirado de las habilidades de Jacqueline, tanto profesionales como personales. Le parecía que debía encontrar una manera de reconocérselas de forma explícita para conseguir lubricar una relación que, no sabía bien por qué, seguía resultando aún excesivamente rígida y chirriante. La muchacha, a pesar de su lenguaje ensortijado, era un luminoso umbral que despertaba en el espíritu de Alberto el deseo de acercarse a la puerta y mirar por una rendija. Por detrás de la melena rubia apareció la figura del camarero trayendo el café que había pedido. A Alberto no se le ocurrió más que una cosa.

—Me trae la cuenta, por favor.

Un cuarto de hora después estaban ya entrando en la Escuela Universitaria Superior de Ingenieros Industriales, camino de la biblioteca. Tenían dos ejemplares allí y era un trabajo para el carné de Rachel Bauer. Jacqueline iba mirando en todas direcciones para no encontrarse con la auténtica Rachel, y lo mismo hizo cuando entró en la biblioteca y se dirigió al mostrador. Una joven bibliotecaria con gafas de pasta y una enorme mecha violeta colgando de su flequillo se encargó de atenderla.

—Hola, quiero estos tres libros de depósito.

La bibliotecaria, sonriendo, examinó el pequeño papel cuadriculado blanco con tres filas de signos que le tendía la muy resuelta muchacha extranjera. Tras una breve explicación en español para extranjeros retrasados, la bibliotecaria desapareció camino del depósito donde se encontraban los libros, reapareciendo unos diez minutos después ágil y eficiente.

—Mira, me has pedido el mismo libro dos veces. Tienen firmas... tienen números distintos, pero son el mismo. ¿Lo ves? Tienen el mismo nombre.

—Sí. Son libros de mismo autor. Yo necesito bibliografía él para estudio.

—Sí. No. Pero estos dos, ¿ves?, estos dos son iguales, son el mismo. No necesitas llevarte los dos.

—No. Los dos no. Los tres. Yo pide tres libros.

—Sí. Sí. Pero estos dos son iguales. Éste no es igual, ¿ves?, éste se llama «Historia de las Matemáticas». Pero éste otro se llama «Norte de problemas» y éste otro también se llama «Norte de Problemas», los dos son de los mismos autores porque son iguales.

—Yo estudio mismo autor necesito libros de autor. Tres libros estos.

—Pero...

Y ahí se quedó, porque, total, qué más daba que la alemana empanada se llevara el mismo libro dos veces. Ya se daría cuenta ella. Cogió el carné con el nombre de Rachel, los pasó por el escáner y escaneó también los libros. Se los entregó sonriendo y pensando en la cantidad de alumnos como aquella muchacha que, sin tener siquiera dos luces, iban a ser después ingenieros. «En qué manos estamos», se dijo a sí misma mientras la veía alejarse hacia la puerta de la biblioteca.

El siguiente objetivo estaba en la Universidad Pontificia de Comillas. Cogieron el metro hasta la estación San Bernardo y se dirigieron, preguntando antes en un kiosco, hacia el edificio de la Escuela de Ingenieros. Para su sorpresa, encontraron las puertas cerradas: había fallecido un profesor de la escuela en trágicas circunstancias, razón por la cual se habían suspendido las clases y cerrado el edificio toda la tarde. Primer fracaso. Volvieron en metro hasta Moncloa, donde recuperaron el coche y se pusieron en marcha hacia el extrarradio, camino de la Universidad Autónoma, el último objetivo que les quedaba en Madrid. Llegaron al edificio de la Facultad de Educación a las seis de la tarde. Para esta biblioteca tenía el carné y el DNI de otro español, por lo que Alberto entró en la biblioteca dispuesto a interpretar de nuevo el teatrillo del padre, el hijo y el perro que se cruza delante de la moto. Al abrir las puertas se congratuló de que en el mostrador se encontrara esta vez una mujer que, novedad importante, no tenía gafas. Jacqueline se quedó en el exterior de la biblioteca sentada en un banco, examinando el mapa de la España esquelética que Alberto le había dado el día anterior. Se entretenía buscando rutas alternativas a la propuesta por su jefe. Estaba trazando una ruta imaginaria por Galicia, cuando una voz dijo:

—El problema del viajante, ¿no?

A su lado, un muchacho de pelo rubio y rizado la miraba de forma risueña. Con un gesto de la cabeza hizo apuntar su nariz aguileña en la dirección del mapa que Jacqueline tenía entre las manos.

—Digo, que estás resolviendo el problema del viajante. Pero con muchas ciudades. Está chulo el grafo de España. ¿De dónde lo has sacado?

—Es problema de un amigo. Es mapa.

—Sí, ya veo. ¿De dónde eres?

—Alemania. Este Alemania. Neustadt. ¿Tú?

—Bueno, yo soy de aquí al lado. De San Sebastián de los Reyes. Yo también soy de matemáticas. Vengo a hacer el CAP.

—No sé qué es acerelcar.

—No. Hacer el CAP. Es un curso para ser profesor. ¿Tú no lo haces?

—Yo estudia biblioteca libros matemáticas. Ahora cansada estudio.

—Sí, ya veo. Pero estudias cosas complicadas. Ese problema del viajante es difícil. ¿Estudias teoría de grafos? ¿O eres de la especialidad de Computación?

—Yo estudia muchas cosas. ¿Qué sabes problema viajar?

—¿Del problema del viajante? Que es muy difícil. Hace falta ordenadores para resolverlo. Hay que encontrar una ruta para un viajante que pase por todas las ciudades y que sea la más corta posible. Pero hay tantas posibilidades que calcularlas todas lleva demasiado tiempo. Con más de 12 ciudades los ordenadores tardan días.

—Yo no quiero. . . Problema no es pasar por todas ciudades.

—¿Ah no?

—Yo quiero. . . problema es. . . problema es saludar amigos. Yo tengo. . . problema tiene obligación de saludar 20 amigos. Es regla saludar 20. Sólo 20. En cada ciudad tengo amigos. Es uno, es dos, es más. Madrid es 10, ¿ves?, 10 amigos. Barcelona 5 amigos. Pero, a veces, amigo no está o no encuentras. Y tienes que ir otra ciudad buscar otro amigo. Con 20 amigos te paras.

—Vaya. Eso es nuevo. Pero entonces, ¿no quieres que el camino sea corto?

—Claro. Sí. Claro. Yo quiero también camino corto. Es poco tiempo para saludar amigos. No toda la vida. Poco tiempo mejor. Yo no espera amigo en casa hasta que vuelva. Yo voy rápido a buscar otro amigo.

—Pues entonces no es el problema del viajante que yo digo. Esto es más complicado. ¿Cómo se llama este problema?

—Es problema de viajero que saluda amigos.

—No lo conocía. Es la primera vez que lo oigo. Pero parece bastante más difícil que el problema del viajante. Si los amigos no están tienes que cambiar la ruta sobre la marcha en cada momento y la solución es dinámica.

Jacqueline se asombró de que el estudiante llegara a la misma conclusión que Alberto le había esbozado el domingo, quien justo en ese momento salía de la biblioteca con gesto serio y le hacía un gesto con la cabeza señalando en dirección a la salida de la biblioteca. Jacqueline recogió sus cosas y se levantó.

—¡Uhhh! Tan tarde tengo que irme pronto.

—Espera, oye. Dime cómo te llamas.

—Me llamo Petra Köhler.

—Yo soy Marco, Marco Castellón. Adiós Petra.

—Adiós Marco.

—Si quieres ponerme en tu mapa, estudio aquí todas las tardes.

—Adiós.

En el coche Alberto explicó a Jacqueline los detalles de su fracaso, aunque sólo respecto al libro, pues con la bibliotecaria había tenido un éxito moderado y era una pena que no pudieran volver de nuevo a pisar una biblioteca después de aquel encarguito. La explicación era corta: el libro no estaba. Lo habían buscado durante un buen rato y no aparecía ni en su sitio ni en ningún otro. La suerte que habían tenido por la mañana se había evaporado por la tarde. Madrid había dado 8 objetivos conseguidos. Quedaban aún 12 que ahora mismo, después de dos fracasos seguidos, les parecían tan lejanos como la muralla china. Mientras circulaban por la M40 Alberto se ofreció a llevarla a su casa, pero ella se negó, objetando que el trayecto se alargaría demasiado. Mejor cogería el metro. Cuando Alberto entró en su barrio, la dejó en una esquina cercana al metro que encontró, y la muchacha se alejó caminando rápidamente con su mochila tarta de fresa. Después de haberse incorporado de nuevo a la circulación, Alberto la vio bajar las escaleras del metro.

## MARTES

A las ocho y media ya habían echado gasolina y circulaban por la A4 en dirección a Andalucía. El día se presentaba ligeramente aburrido, con muchos kilómetros por delante y sólo tres momentos de acción, muy separados unos de otros. El coche no era quizá el adecuado para un desplazamiento tan largo. Alberto había intentado cambiarlo la noche antes, pero el stock de El Sebas estaba a cero. Aun así consiguió apalabrar un coche un poco más potente para el resto de la semana. Pero por ahora era el Clio, para lo bueno y para lo malo. Cuando abandonaron las carreteras del cinturón de Madrid, Alberto se relajó en la conducción y comenzó a interesarse por su compañera. Jacqueline leía un libro que se había llevado de una de las bibliotecas el día anterior. No era uno de los ejemplares objetivo, pero sí era del mismo autor, sobre historia de las matemáticas. Al mismo tiempo escuchaba música con sus auriculares, que debían estar conectados a algún aparato escondido en un rincón de su ropa en, Alberto lanzaba su imaginación, alguna parte de su anatomía.

—¿No te mareas leyendo?

—¿Eh?

—Que si no te mareas leyendo. Yo en el coche o el autobús, leo un poco y me pongo malo.

—No, yo siempre lee en autobús. Viajes algunos largos de días. Yo me pongo mal con habla, no con lee.

Y con esto se puso de nuevo el auricular dejando a Alberto abandonado al volante hasta que llegaron a Ciudad Real capital dos horas y media después. Allí, una vez localizado el edificio de la escuela de agrónomos, Jacqueline consiguió, con una especie de habilidad innata, apoderarse de dos carnés de biblioteca, uno de ellos acompañado de un DNI.

—Creo que te toca.

Admirado por el carácter resolutivo de la muchacha, Alberto cogió los carnés pertinentes y entró en la biblioteca con cara de padre. Cuando obtuvo el libro, se asomó en la ventanilla de la conserjería, y sonriendo introdujo los carnés sin ser visto. A la una ya estaban entrando en Linares, en cuya Escuela Politécnica Superior se guardaba otro ejemplar del libro objetivo. Las habilidades que les eran propias volvieron a funcionar, consiguieron unos carnés y se marcharon con el libro camino de Córdoba, en cuyo campus universitario obtuvieron dos preciados ejemplares más. Les quedaban ahora cuatro horas de viaje de vuelta a Madrid, pero tenían doce ejemplares en su poder. Estaban a martes y ya habían pasado el ecuador de la tarea. A los intentos que hacía el aburrido Alberto por entablar conversación, la muchacha levantaba la mirada del libro y negaba con la cabeza cuando no estaba de acuerdo, lo que sucedía la mayoría de las veces. Cansado de monologar, acabó sintonizando los 40 Principales en la radio del Clio y se abandonó a los ritmos fáciles salpimentados en publicidad que allí le proponían. Cuando comenzó a oscurecer, Jacqueline abandonó la lectura a favor de la contemplación del telón de la noche cayendo sobre el vacío paisaje castellano. Sobre las nueve entraron en Madrid, que los recibió con una multitud de coches que les adelantaban de forma juguetona e intrépida y les pitaban, de vez en cuando, con fines didácticos. A las diez cada uno

estaba en su casa. Uno de ellos se sintió extrañamente solo cuando se acostó.

## MIÉRCOLES

La mañana vino con muchas novedades. Alberto tuvo su coche de reemplazo, un prometedor Alfa Romeo. Afortunadamente era gris y no rojo, por lo que algo de discreción se iba poder mantener. Como añadido extra, el coche venía con chofer: uno de los chicos de El Sebas, que era el encargado de llevar el coche en la ruta clásica hacia la frontera con Francia. Según él, era parte del pago que había hecho un cliente al comprar otro vehículo más lujoso. Ligeramente fastidiado por la inesperada compañía, a Alberto no le quedó más remedio que ponerse a buscar las ventajas. Al menos no tendría que conducir, y el chico conocía la carretera mejor que ellos. Después de explicarle a Jacqueline la situación, que ella aceptó con indiferencia, todos se montaron en el coche, el chico, que decía llamarse Chumi, y Alberto delante, la muchacha detrás. Mientras sorteaba con temeraria elegancia el tráfico mañanero, el llamado Chumi llevó a cabo numerosos intentos de establecer comunicación con la ocupante del asiento trasero, a la que miraba constantemente desde el retrovisor central. Alberto observaba con interés los métodos de aproximación del muchacho, un joven de cabellos negros bien cortados y peinados, vestido con gusto aceptable y del que no se podía decir que fuera feo. Al mismo tiempo, observaba con preocupación la carretera, por cuya atención el muchacho parecía mostrar poco interés. En todo caso, acabó siendo la única diversión del muchacho, pues con Jacqueline no llegó a surgir ni siquiera la chispa de una conversación. Ella seguía enfrascada en la lectura del libro sobre historia de las matemáticas. Alberto estaba secretamente fascinado por esa capacidad de concentración para leer un libro de matemáticas, en un idioma que no le era propio, mientras un ilusionado joven que conduce a ciento cincuenta por hora insiste en preguntar qué discotecas frecuenta. Según le pareció ver, iba por la mitad del libro, y lo habían cogido el lunes. Hubiera seguido asombrándose si su creciente pánico, motivado por el último adelantamiento de Chumi, no se lo hubiera impedido. Buscó una forma indirecta de protestar.

—¿No nos habremos pasado ya Zaragoza?

—¿Qué? ¿Pero vamos a Zaragoza? ¿No vamos a Barcelona?

—Vamos a Barcelona, pero tenemos que hacer tres paradas por el camino. Paradas que pueden llevar tiempo. En Zaragoza, Lleida y Tarrasa.

—¡Anda! ¡Pues yo había quedado para comer en Barcelona! Con una amiga.

Esto lo dijo bien alto y mirando al retrovisor.

—Pues la llamas y quedas para cenar. Lo nuestro necesita tiempo.

—Bueno. Vale. Vale.

Y sin abandonar su inquietante progresión sobre el asfalto y sus miradas al retrovisor central, sacó decidido el móvil del bolsillo dispuesto a hablar con su amiga. Alberto vio claro que era el momento de plantarse.

—A tu amiga la llamas cuando lleguemos a Zaragoza y el pie derecho lo levantas de vez en cuando, que yo ya vengo desayunado y no me apetece comerme uno de esos camiones como el que has rozado antes. A la chica no la vas a impresionar ganándole la carrera a un transporte de mudanzas. Venga, pon la radio.

Para mayor escozor, ahí, en el retrovisor, estaban los ojos azules, brillantes y sorprendidos, mirándole.

Entraron en Zaragoza escuchando un debate político en la radio a una velocidad que rebasaba sólo de forma infinitesimal la autorizada por el código de circulación. Chumi aparcó encima de una acera cercana al edificio de la universidad y sacó el móvil para consultar las numerosas llamadas que había recibido durante el trayecto y que, por razones evidentes, no había respondido. Sus dos sufridos acompañantes bajaron del coche camino de lo suyo. Conseguido su ejemplar, volvieron al coche, donde encontraron a Chumi en animada conversación telefónica. Al verlos, su rostro se puso serio, se despidió de su interlocutor, guardó el móvil y puso en marcha el motor.

A Lleida llegaron dos horas después. Chumi había puesto todo su celo en hacer una conducción de libro, tanto que a menudo había ido más lento de la cuenta. Alberto había acabado haciéndose una idea bastante pobre del extremista conductor que, además, durante uno de sus continuos intentos de confraternizar con Jacqueline, había presumido incluso de no tener estudios y ser un completo ignorante en matemáticas. Según él, a pesar de su carencia de conocimientos, le iba muy bien en la vida. Alberto, a la luz de los desvaríos de su piloto, reflexionó bastante sobre hacia dónde había dirigido su vida, igualmente carente de base académica, aunque con puntos de vista diferentes, en el sentido de que él sí valoraba la formación y el conocimiento que iba consiguiendo, ya fuera en cursillos ya fuera a través de la ayuda técnica de su sobrino. Llegó a la conclusión de que Jacqueline, en su inaccesible mundo interior, abrigaba sentimientos parecidos. La muchacha descansaba, auténtica bella durmiente del este de Europa, cuando llegaron al moderno edificio de la biblioteca perteneciente a la universidad local. Alberto la despertó inútilmente, pues tras media hora de curiosear se dieron cuenta de que el objetivo era inalcanzable. Excluido de préstamo y en el depósito. Estudiaron la posibilidad de dar el cambiazco, pero no encontraron ningún libro similar a mano. Todas las soluciones que se les ocurrieron les parecieron demasiado expuestas, así que acabaron por rendirse. Era la primera vez que lo hacían, pero estaban convencidos de que era lo más razonable. De modo que volvieron al coche con las manos vacías.

Comieron en un restaurante de la nacional, sugerencia de Chumi, que no les gustó a ninguno de los dos, aunque ninguno mostró su desagrado, por no hundirle más la moral. Dos horas después estaban en Tarrasa y habían encontrado el edificio de la Escuela de Ingeniería Técnica Industrial. Los dos hombres esperaron en el coche mientras Jacqueline entraba y lo cogía de la estantería. Cuando la muchacha volvió, asintiendo a Alberto con la cabeza, Chumi preguntó:

—Bueno, y ahora, ¿a qué parte de Barcelona vamos?

—Barcelona centro, Raval.

—¿Ahí es donde está la casa de tu amigo?

—Sí. Amigo con sitio.

—Bueno, pues vamos a El Raval.

—Vale, os dejo allí y me voy a lo mío, que en Barcelona, ¡la noche es larga!

Con brioso entusiasmo, el ahora resplandeciente Chumi sacó el coche del aparcamiento y lo condujo hacia la nacional, recuperando la soltura de la mañana. Al

introducirse en las arterias principales de la ciudad condal, sus deslizamientos impulsivos entre los carriles volvieron a ser los protagonistas, trazando trayectorias zigzagueantes en las que el freno jugaba un papel tan importante como el acelerador. Tras media hora, para Alberto eterna, de tiovivo, llegaron al barrio de El Raval, donde Alberto y Jacqueline descendieron del automóvil despidiéndose de Chumi con ficticia efusión. Sacaron sus bultos del maletero y lo vieron alejarse fiel a su estilo, doblando una esquina con innecesaria temeridad y a golpe de claxon. Alberto se encogió de hombros.

—Tú dirás.

—Es aquí.

Siguió a Jacqueline a través de una callejuela con edificios de hechura respetable y abandono manifiesto. Toda la zona parecía venida a menos y decadente. La hora tardía proyectaba las sombras de una forma que se podía pensar especialmente planificada para recalcar el deterioro de las fachadas. Al llegar a un portal determinado, Jacqueline se detuvo y apretó uno de los botones intermedios del portero automático. Una voz metálica masculina emitió, segundos después, dos palabras incompresibles para Alberto. Jacqueline respondió en la misma lengua desconocida y la puerta se desbloqueó con un zumbido. Subieron con su equipaje tres pisos de escaleras hasta encontrarse con un individuo bajito que hablaba de forma tan melancólica como incomprensible, al menos para Alberto.

El individuo se llamaba Artem y era, evidentemente, un compatriota de Jacqueline. Ambos hablaban a una velocidad increíble, entre sonrisas y gestos exagerados. Alberto aprovechó un momento para hablar con Jacqueline sobre el ucraniano.

—¿Qué le has contado?

—Yo digo de venir a estudiar. Apuntar a clases. Tú eres profesor de español para gente extranjera.

—¡Anda!

—No sabía inventar más. No fácil mentir Artem. Artem amigo de padre. Artem como padre en España.

—Ya. Ya. Claro. No queda bien decir que has venido a robar. Es más fácil mentir.

La muchacha no dijo nada más y se calló, como debería haber hecho Alberto en su turno. Ignoraba por qué se había lanzado con franquezas innecesarias contra alguien a quien apreciaba y que le estaba ayudando hasta el punto de complicarse la vida mintiendo a, por decirlo de alguna manera, su familia.

—Toda mentira puede ser también verdad.

Cerró tras de sí la puerta del cuarto de baño, dejando a Alberto a solas con el eco de aquellas palabras tintadas de sabiduría asiática. Tras una cena con más charla que comida, Alberto, ahído de perversiones gramaticales y evocaciones de pasadas aventuras en tierras ucranianas, manifestó su voluntad de acostarse. Artem le acomodó un sofá cama en el salón y los dos compatriotas pasaron a la cocina donde estuvieron hablando, a veces con visos de discusión, hasta bien entrada la madrugada. En su interior, la misma sensación de soledad de las últimas noches volvió a invadirle antes de conseguir hilvanar un descosido sueño.

## JUEVES

Se despertó con el olor del café que llenaba la casa entera. En su reloj eran las nueve. Al girarse, vio un colchón en el suelo cubierto con algunas sábanas arrugadas. Dedujo que Artem, que ahora salía de la cocina, había dormido ahí. En el cuarto de baño se escuchaba el agua de la ducha cayendo. En la boca notó un sabor dulzón que no supo con qué relacionar. Se incorporó y, una vez sentado, dio los buenos días a su anfitrión, un poco avergonzado de ser el último en levantarse. Mientras buscaba en su bolsa de viaje una muda limpia, Jacqueline salió del cuarto de baño enrollada en una toalla y se dirigió directamente al dormitorio, perlando el suelo con gotitas de agua desprendidas de su cabello. Con esta imagen aún fresca en la retina, Alberto se dirigió al cuarto de baño para llevar a cabo su puesta a punto matutina, lo que consiguió terminar en algo más de media hora. Cuando salió, encontró al «padre» y a la «hija» sentados en la mesa en animada charla, tal como los había dejado la víspera. Para su sorpresa, Jacqueline vestía una camisa blanca, aunque púdicamente abotonada. Alberto se sentó y desayunó rápidamente, sonriendo mientras le contaban lo que, según decían, era un chiste ucraniano muy bueno. Andando camino del metro, Alberto y Jacqueline ultimaron los detalles de la mañana. Tenían tres ejemplares esperándoles en la Escuela Técnica de Ingenieros Industriales, situada en la mismísima Avenida Diagonal. ¿En cuántas escuelas técnicas habían entrado ya? Otros dos ejemplares estaban en la Universidad Autónoma, pero fuera de la ciudad, en el campus de Bellaterra. Mientras decidían que a estos últimos irían después, Alberto se detuvo de golpe. Desanduvo parte del camino hasta detenerse delante del escaparate de una librería de segunda mano. Miró a Jacqueline, se encogió de hombros y entró. Por probar. Un libro en el escaparate le había parecido un ejemplar del «Norte de Problemas», pero la única similitud era el color y la vetustez. Resultó ser un tratado sobre piscicultura. Ya que estaba dentro, se dirigió al mostrador y preguntó:

—Buenos días, busco un libro llamado «Norte de Problemas» de autor Julio Rey Pastor.

—No me suena. Espere que lo miro en el ordenador.

El joven dependiente se puso a teclear al tiempo que unas toses, seguidas de una cara arrugada por la edad, pero sobre todo por el esfuerzo, salían de debajo del mostrador. El vejete que se acababa de levantar seguía tosiendo cuando el joven respondió:

—Pues no, no lo tenemos. Tenemos otro de ese autor, pero ése no.

—Sí que hay uno, está con los de la biblioteca del ingeniero Ripoll.

Quien dijo esto fue el viejo, que ya había dejado de toser. El joven librero lo miro con cara de «pero de qué vas».

—La biblioteca que compramos la semana pasada, yo vi el libro cuando hice el presupuesto, así que debe de andar por ahí.

Señaló a una esquina con libros amontonados a la que se dirigieron los tres. Después de mover las pilas de libros durante un rato, el ejemplar apareció y se discutió el precio. Llegaron a un acuerdo por veinticinco euros. Cuando salió de la



librería, agitando el libro en su mano, sonreía con malicia. Llegando a la altura de Jacqueline, que contemplaba el escaparate de una peluquería, le dijo alegremente:

—No, si al final es más fácil ser honrado.

—Con dinero, siempre todo más fácil.

Ya en la escuela de ingenieros, Jacqueline interpretó en el mostrador del segundo piso el papel de la estudiante de Rachel Bauer. Exhibiendo credenciales, se presentó como recién llegada para una investigación en el archivo durante tres días. Por desgracia su profesor de contacto, que era de otra universidad de Barcelona, estaba de viaje y no podía poner en regla su acceso a las bibliotecas hasta el día siguiente. Dependía pues de la buena voluntad del personal, aunque estaban siendo todos muy amables, para poder consultar los libros que había venido a ver. La muchacha consiguió acceso, que agradeció mil veces, y antes de entrar hizo especial hincapié en mostrar su mochila, en la que llevaba un libro, con el fin de evitar malentendidos. Era el ejemplar que habían comprado antes. Minutos después de haber entrado, Jacqueline salía de nuevo, con prisas y preguntando en el mostrador por el servicio. En su trayecto se cruzaba con Alberto, metiéndole discretamente un libro en la bolsa marrón. A los cinco minutos volvía a entrar sonriente y tranquila en la sala. La encargada del mostrador le devolvía la sonrisa. A los veinte minutos salía de nuevo a preguntar dónde podía comprar una botella de agua. La encargada, que casi era ya íntima amiga suya, le explicó dónde. Volvió a entrar al archivo y salió con la mochila en la dirección indicada sonriendo y recibiendo una sonrisa de respuesta. En la sala de la planta baja, localizó el ejemplar de acceso libre y lo guardó en la mochila. Salió del edificio y Alberto la siguió hasta alcanzarla antes de entrar en la estación de metro. Los dos se miraron y se rieron como chiquillos mientras bajaban las escaleras.

En el tren de cercanías, camino del campus de Bellaterra, se comieron unos sándwiches que habían comprado en la Plaza de Catalunya y, absoluta novedad, Jacqueline se mostró locuaz y distendida al hablar del libro que estaba leyendo:

—Matemática es cosa antigua, más que escribir. Historia interesante y difícil también. No hay explicación, todo es dicho y contado en forma va ocurriendo. Hay cosas raras. Teorema Pitágoras no es hecho por Pitágoras, es hecho antes, se dice.

—¡Vaya! En todas las épocas hay listos.

—Pero es listo Pitágoras, hizo más cosas, inventó números y muere atacado. Señor Rey Pastor escribe serio, como presidente, entiendo mal mucho. Pero quiero entender. Con tiempo.

—Es un interés raro. Normalmente, nadie se pone a leer libros de matemáticas.

—Interés grande empieza con interés pequeño. Robar... coger libros, coger 20 libros es muy parecido a matemáticas. Es problema como problema de libro «Norte de problemas». Tú resuelve bien problema, por interés pequeño... .

—Bueno, bueno, tanto como pequeño, es una cantidad respetable.

—Pero es hoy. Gente historia matemáticas piensa mañana, resuelve problema que sirve siempre. Resuelve en mil años y sirve hoy. ¿Tú no piensas en mañana? ¿Sólo en hoy?

Como habían llegado a su parada, Alberto consiguió escabullirse sin responder. Él estaba ya andando siguiendo a la masa de estudiantes, que se dirigía de forma

bulliciosa hacia unas escaleras, cuando se dio cuenta de que estaba solo. Miró hacia atrás y vio que Jacqueline se había quedado rezagada y avanzaba hacia él muy lentamente, sonriendo de una manera extraña. El tren se puso en marcha y se fue. El grupo de estudiantes ya se había alejado escaleras abajo. Ella se acercó despacio, tendió una mano hacia él y dejó en su mano una cartera azul de aspecto juvenil.

—Es la última que robo.

Alberto se quedó sorprendido en varias direcciones y sólo el resorte de la masculinidad actuó para proteger el temblequeante ego.

—Sí. Con esto ya te has ganado tu parte.

Entraron en la biblioteca, cada uno se encargó de coger un libro, Alberto en el mostrador a base de prolijas descripciones de la manida y ficticia relación paterno filial, Jacqueline con la mochila tarta de fresa, el conserje se hizo cargo de aquella cartera extraviada y a los veinte minutos estaban de nuevo en el tren de vuelta a Barcelona. Aunque el momento invitaba a la celebración, Alberto era reacio a abandonarse a la euforia antes de haber recibido el dinero convenido. Si se miraba la cosa con realismo, lo único que tenían por ahora eran veinte libros de problemas de matemáticas exactamente iguales. Casi la antítesis de algo valioso. Quedaba por ver si el señor De Burgos cumplía con su parte. Entonces sí habría motivo para celebrar, pues el trabajo no sólo le había resultado fácil, sino también divertido. Quedaba sólo resolver la vuelta a Madrid. Camino de la casa de Artem, donde seguían sus cosas, Alberto hizo una llamada para reservar dos plazas en algún tren esa misma tarde, pero le informaron que no quedaban asientos libres hasta el día siguiente a las once. Llegarían entonces a Madrid por la tarde, lo que le parecía apurar demasiado. Los trenes nocturnos también estaban completos. Acabó llamando a la estación de autobuses, donde le dijeron que el autobús que salía a las once de la noche para Madrid tenía aún plazas. Llegaron a casa de Artem y se despidieron apresuradamente de él. Alberto recibió un desproporcionado abrazo del ucraniano y creyó entender que le invitaba a volver cuando quisiera. Cogieron sus cosas y se marcharon camino de la estación de Sants. Allí compraron sus billetes y esperaron durante dos horas hasta la salida del autobús. Cenaron un par de bocadillos y el resto de la espera la amenizaron contemplando cómo la policía procedía a exigir pacientemente la documentación a todos los que esperaban sentados, incluidos Alberto y Jacqueline. A la hora apropiada salieron al exterior, donde cinco autobuses numerados exhibían el cartel de Barcelona-Madrid. El suyo era el número cinco. Alberto se dio cuenta entonces que iba a ser el único viajero español de todo el autobús, que por lo demás iba lleno. Sorprendido por esta perspectiva, se sentó, consciente o inconscientemente, detrás del conductor, que también era nativo aunque, como aprendería poco después, no de la propia Barcelona, sino de Pamplona. Con todo el mundo en su asiento y todos los bultos más o menos en su sitio, el autobús partió con cinco minutos de retraso con respecto al resto del convoy. Jacqueline había entablado conversación accidental que dos mujeres africanas antes de subir al autobús. Hablaban una mezcla de inglés y español que parecía funcionar. Al subir al autobús, la muchacha guiñó un ojo a Alberto y se sentó con sus nuevas amistades en la parte media del autobús, continuando su bilingüe parloteo. Alguna vez se giró para verla y pudo comprobar que se había establecido una especie de coloquio entre las africanas, unos hindúes con

turbantes (luego se enteraría de que eran paquistaníes) y una mujer marroquí, en el que la muchacha participaba con desparpajo. A Alberto, con muchas menos habilidades sociales y con muchos más prejuicios, sólo le quedó la opción del conductor, con el que no tardó en entablar una larga conversación.

## VIERNES

Sí. La noche fue larga para Alberto. Cinco minutos de conversación bastaron para que el conductor se sincerase con él. En realidad aquélla no era su ruta. Él hacía el Pamplona-Barcelona por las tardes desde que se sacó el carné hacía dos meses, pero, por la demanda de billetes para Madrid, la compañía había puesto autobuses de refuerzo y le habían convencido, con argumentos irrefutables, para hacerse cargo de la ruta esa noche. El profesional de la carretera, que desconocía los detalles del trayecto, basaba sus esperanzas en seguir a uno de sus compañeros, lo que ahora parecía una quimera. Además del desconocimiento del trayecto, también le preocupaba quedarse dormido, pues no había descansado muy bien las últimas noches por culpa de su hijo, que estaba con sarampión. Así las cosas, no confiando en la solución que el novel conductor decía tener para mantenerse en vela (sintonizar Cadena Dial), Alberto decidió autoimponerse la obligación de mantener la brasa de una animada charla, pues es más difícil dormirse hablando que escuchando boleros. Los temas se iban agotando, pero Alberto sacaba otros, o volvía a los mismos. Lo importante era hablar. Las condiciones laborales, el paro, los sueldos miserables, el jefe, los compañeros, su hijo, el jefe, la madre del jefe, las horas extra, Pamplona, el Osasuna, la burbuja inmobiliaria, el Real Madrid, el Barça, la Champions, los jefes de la FIFA, el jefe, la madre del jefe, la noche y el día, dormir, las horas extra, la madre del jefe, el paro, la inmigración (versión no cabemos), Barcelona, Cataluña, el catalán, el vasco, el cuñado, los políticos, los partidos políticos, los sindicatos, el jefe, la madre del jefe, las horas extras, los sindicatos, los funcionarios, los políticos, los pobres, la inmigración (versión hay que entenderlos), los moros, los tomates, los franceses, Montpellier, los viajes, los sueldos miserables, el paro, la madre del jefe, las autopistas de peaje, los políticos, el presidente, la guerra de Irak, el gasóleo, la madre del jefe, los estudios, el dinero, los sueldos miserables, la madre del jefe, Madrid, la Comunidad de Madrid, la presidenta de la Comunidad, el tráfico en Madrid, el tráfico en Barcelona, las multas de tráfico, los jefes de la DGT, la madre del jefe. Hasta el amanecer se mantuvo Alberto en su puesto de centinela, exhausto pero satisfecho de haber llevado sana y salva aquella caravana multirracial a su destino. Durante la noche, mientras aguantaba la vela, se había girado alguna vez para contemplar las cuatro filas de bultos durmientes, con las cabezas abandonadas sobre sus hombros o los hombros del vecino de asiento. Ébano y marfil, Jacqueline dormía junto a su vecina africana (luego se enteraría que era de Senegal). Alguna voz se levantaba de vez en cuando de entre la masa de pasajeros exigiendo silencio a la delantera del autobús, ignorante de la temeridad que proponía. Salía el sol cuando Alberto recostó su dolorida espalda sobre el asiento al contemplar las acristaladas fachadas de Méndez Álvaro: final de su trayecto. Se despidió del desdichado conductor, Jacqueline se despidió de una variada multitud, y ambos de dirigieron hacia el metro. Allí,

después de intercambiar experiencias de su viaje nocturno, se separaron, los libros ya en la bolsa marrón de Alberto, acordando verse el sábado por la tarde para el reparto del dinero. Al llegar a casa, Alberto se desvistió, puso el despertador y se acostó hasta las dos de la tarde. Con un mal cuerpo indescrible, se levantó, se dio una ducha de media hora y, bien arreglado, bajó a comer al restaurante de la esquina. Después de comer, apiló los veinte libros en la mesa y los inspeccionó de forma somera. Sacó una bolsa de deporte con el tamaño adecuado y los fue colocando dentro, uno a uno, de forma exquisita, dejando encima los de mejor aspecto exterior. El resultado era bastante pesado. Se sentó en el sofá y puso la televisión. No había nada de interés. Se quedó pensando un momento hasta que se levantó y sacó su bloc de dibujo, del que arrancó una hoja. Guardó el bloc y se sentó, con la hoja y un bolígrafo, en una silla frente a la mesa. En una esquina dibujó un barco de pesca. En la esquina opuesta dibujó otro. Los dibujos eran un tanto infantiles, pero eso no era lo importante. Entre medias de los dos tenía que dibujar el tercer barco. ¿En medio? ¿Más arriba? ¿Más abajo? Decidió dibujarlo un poco hacia arriba, aunque le pareció que daba lo mismo. Recordó que necesitaba algo más. Encendió el ordenador mientras pensaba y, cuando estuvo operativo, buscó en Internet cuántos metros tiene una milla. Encontró varias respuestas y dedujo que la que a él le interesaba era la milla marina, claro. Con ese dato intentó hacer algunas cuentas, pero obtenía resultados sin sentido. A las seis abandonó, sin éxito, su rompecabezas. Se puso la chaqueta, pidió un taxi por teléfono y salió de casa con la pesada bolsa de deporte.

En el piso de la Avenida de Andalucía, el señor Manuel de Burgos le recibió con una sonrisilla incómoda. Alberto soltó la bolsa en el suelo.

—Aquí los tiene. Veinte.

Abrió la cremallera de la bolsa y se alejó de ella invitando a su comanditario a acercarse y examinar la mercancía. El señor De Burgos procedió a extraer los libros uno a uno, examinando su interior y mostrando cierto regocijo cada vez que lograba comprobar la procedencia de alguno de ellos. Tras examinar cada ejemplar, lo depositaba cuidadosamente encima de una mesa de cristal. Terminado el recuento, contempló momentáneamente el conjunto y se dirigió hacia una estantería. Retirando unos libros, extrajo un sobre que a Alberto le pareció demasiado delgado.

—Pues aquí los tiene. Doce mil.

En el sobre había veinticuatro billetes de quinientos euros, lo que explicaba su delgadez. Alberto sacó de su bolsillo un pequeño aparatillo que iluminó los billetes con una luz violeta. Satisfecho, guardó todo, dinero y linterna, en bolsillos distintos. Se despidió del caballero y se marchó. Mientras esperaba el ascensor escuchó cómo el señor De Burgos hablaba con alguien, en lo que parecía una conversación telefónica. Ya en la calle, con espíritu festivo, pensó que era viernes, por lo que el Casino estaría muy animado. Levantó la mano para detener un taxi, pero el taxista lo vio tarde, por lo que la maniobra que hizo para detenerse fue altamente irregular, interponiéndose de forma peligrosa en la trayectoria de un autobús, cuyo conductor hizo sonar el claxon de manera tan contundente como la sirena de un barco. Sugestionado por esta asociación de ideas, Alberto dio al taxista la dirección de su casa. Una vez allí, guardó el dinero en un cajón, se preparó un bocadillo de queso y jamón en la cocina, sacó una cerveza de la nevera y llevó todo a la mesa del salón, donde se sentó delante

de la hoja del bloc con los barcos y las cuentas. A la una de la madrugada llegó a una solución que le pareció satisfactoria y con sentido, lo que le permitió irse a dormir satisfecho consigo mismo.

## SÁBADO

Después de una semana madrugando, el cuerpo tiende a equivocarse, despertándose demasiado pronto los sábados. Pero abandonarse a ensoñaciones matutinas es tan reparador como dormir, y Alberto disfrutó durante dos horas de esta benéfica terapia, al menos hasta que se dio cuenta de que se estaba resbalando peligrosamente hacia la melancolía. La compañía de Jacqueline estos últimos días, con su delicada apariencia, su forma de hablar llena de todas aquellas extrañamente sabias incorrecciones gramaticales y sus enigmáticos silencios, había llegado a ser una costumbre que, con el final de la aventura, por llamarlo de alguna manera, iba a convertirse en una pérdida. Cosa que, por otro lado, era de lo más normal, dada la actitud de palo seco que Alberto había mantenido desde el domingo. Sin duda tenía mucho que reprocharse pero, a decir verdad, tampoco se moría de ganas de hacerlo, por lo que prefirió concentrarse en el sentimiento de trabajo bien hecho, que tan bien le había ayudado a dormir, mitigando la sensación de soledad nocturna de los últimos días. Después de su puesta a punto habitual en el cuarto de baño, salió a hacer unas compras y dejó bien abastecida su cocina. Comió mirando su correo electrónico de la semana, repleto de mensajes prescindibles, y se tumbó un rato en el sofá a ver la tele. A las cinco y media sonó el timbre de la puerta. Apagó la tele y abrió la puerta. Allí se encontró, sorprendido, a una versión de Jacqueline con pelo color castaño cortado a lo *garçon*, excesivamente maquillada y con cara de pocos amigos.

—¿Has visto noticia?

—¿Noticia? ¿Qué noticia?

—En periódico. Ven. Conecta ordenador. Sale libro.

El ordenador ya estaba conectado. La muchacha tecleó una dirección, pinchó en un par de sitios y dejó su lugar a Alberto, distraído aún examinando el nuevo aspecto de la ucraniana. Se concentró en la pantalla y leyó para sí. «Algunas de las universidades españolas más importantes han detectado esta semana la desaparición de un mismo libro en sus bibliotecas. El libro en cuestión es *Norte de problemas*, un tratado de resolución de problemas de matemáticas escrito en los años cincuenta por Julio Rey Pastor, uno de los más eminentes matemáticos españoles de todos los tiempos, en colaboración con el profesor José Gallego Díaz. No están claros los motivos de la desaparición, pues aun tratándose de un libro raro, no puede calificarse como valioso. Fuentes consultadas en el mundo de la bibliofilia sugieren un valor en torno a los cuarenta y cincuenta euros. El hecho es que se ha denunciado la desaparición de al menos veinte ejemplares, lo que ha sido suficiente para poner en alerta a las autoridades universitarias. Nos consta que los decanos y rectores de las instituciones implicadas han mantenido numerosas conversaciones telefónicas para aclarar lo sucedido, y que se espera tomen medidas en las próximas horas. El curioso robo ha llamado la atención de buena parte de la comunidad universitaria y

matemática, y varias teorías, muchas claramente descabelladas, circulan por la red». Alberto no salía de su asombro. La cosa parecía seria. En la vida hubiera imaginado que lo fueran a descubrir tan deprisa. El último libro lo habían sacado el jueves por la tarde. ¿Tan rápido se comunicaban entre sí las bibliotecas? No tenía sentido. Releyó de nuevo la corta información proporcionada, increíblemente, por aquel diario de tirada nacional. Entonces lo vio claro.

—Es el señor De Burgos. Él usó la misma expresión. «El libro es raro, pero no valioso». No puede ser casualidad. Él quiere que se sepa.

—No entiendo. Yo no quiero lío. Dame dinero. Voy lejos.

—¿Te vas? ¿A dónde te vas?

—A esconder. No quiere líos. Trabajo es trabajo. Dame dinero.

La muchacha estaba claramente nerviosa. Era sin duda un suceso inesperado que el robo recibiera publicidad, pero nadie hablaba de que los estuvieran buscando. Pero, claro, si el señor De Burgos había contado una parte, bien podía haber contado más cosas. Sacó el sobre del cajón y le dio a Jacqueline su dinero.

—Toma, llévate el sobre.

—Gracias. Estoy mal por venir e ir corriendo. Pero me voy.

—Sí. Claro. Lo entiendo.

—Adiós Alberto Cañas.

—Adiós Jacqueline. Suerte.

Después de reflexionar un rato, Alberto decidió que no era estúpido desaparecer un tiempo. Pensó en la casa de su hermano en Trujillo, que ahora estaba vacía. Antes de hacer la maleta, hizo algunas búsquedas por Internet, para saber si el asunto había recibido más atención. Periódicos locales, catalanes y andaluces también hablaban del tema en términos sospechosamente parecidos, pero siempre en páginas poco importantes y con poco espacio. Con asombro, comprobó las insensatas teorías que circulaban por Internet, que hablaban de sociedades secretas e incluso de Al Qaeda. Por casualidad dio con una información interesante. El señor Manuel de Burgos era el presidente de la Sociedad Matemática Española. Vaya, le sonaba que Rey Pastor tenía algo que ver con eso. Buscó un poco más. Ahí está, era fundador. Fundada en 1911, además. Exactamente 99 años antes. Eso ya era más que interesante. Con esto le quedaba más que claro el engaño. Habían sido utilizados para montar un número que llamara la atención. Pura publicidad. Doce mil euros invertidos en una campaña publicitaria a nivel nacional. Sin duda, quedaban más noticias por venir. El que había pagado, quería justificar la inversión. Alberto hizo la maleta con ropa para dos semanas. Metió en ella el ordenador y guardó el dinero en su bolsillo. Envío un mensaje a El Sebas: «Estoy fuera de la ciudad desde la semana pasada». Él comprendería. Llamó a un taxi por teléfono y salió de casa camino de la estación de autobuses. Total, peor que la última vez no podía ser.

**Primer Premio 1 del Concurso de Narraciones Escolares****Esperanza matemática**

por

**Aitor Ramón Ramón**

*«Alzo el vuelo y planeo sobre el lecho de mi alma.  
Diviso montañas y surco mares mitigando este calvario.  
Vivo encerrado en la figura de una fría estatua.  
Cuerpo inerte, plena alma, paradoja de un destino errante.»*

*Alfonso Domínguez Villalba,  
Profesor de matemáticas.*

**PRÓLOGO**

A la hora de escribir una vivencia personal, nos enfrentamos al síndrome de la hoja en blanco. El miedo a ese rectángulo de 21 por 29,7 centímetros al que nos cuesta tanto entregarnos. Es comprensible. Resulta difícil acotar nuestra vida en un material tan frío, inerte y apagado. Aun así, voy a intentarlo. Soy docente y siempre me ha gustado compartir lo poco que sé con todo aquél que quiera escucharme. No me considero un poeta, ni un literato; pero la escritura, como la vida misma, tiene una gran base matemática. En cierto modo, no deja de ser una ordenación de ideas distribuidas de forma aleatoria bajo un denominador común, el don de la palabra.

**CAPÍTULO 1: LA NEGACIÓN**

Era una mañana de primavera. Me desperté más descansado de lo habitual, alentado por el canto de los pájaros. Alcé la mirada a un lado. Vi una ventana abierta, pero una intensa claustrofobia se apoderó de mi cuerpo. La habitación era tan poco acogedora como asfixiante. Parecía diminuto, como inmerso en ese cubo de Rubik al que tantas horas había dedicado. El tiempo se condensaba, los minutos no pasaban... Desubicado y nervioso, mi incertidumbre crecía por momentos.

Un hombre con bata blanca irrumpió en la sala. Apelé al sentido común para suponer que se trataba de un médico. En un acto reflejo, traté de incorporarme para darle la mano, pero me fallaron las fuerzas. Algo extraño sucedía. Mi cuerpo era presa de una profunda anestesia que afectaba incluso al habla. Dadas las circunstancias, me limité a seguir al doctor con la mirada. Tenía una aguja en su mano.

Me sentía indefenso, pero no podía hacer nada para remediarlo. Sólo me quedaba tranquilizarme y esperar su diagnóstico.

Casi sin mediar palabra, el médico colocó la punta de la aguja sobre mi rodilla. Después, sobre el brazo, a la altura del codo. Me gustaría decir que sentí los pinchazos, pero no sería cierto. Llegué a plantearme si aún estaba vivo o todo era fruto de un sueño. Miré al doctor en busca de una respuesta. Tenía el semblante serio. Como si de un compás se tratara, su discurso dibujó un ángulo de 180° que dio un vuelco a mi vida:

«Alfonso ha sufrido un accidente cerebral. Se encuentra grave, pero ha salvado la vida de forma milagrosa. Estamos haciendo pruebas para determinar el alcance de sus lesiones, aunque le puedo adelantar que ha despertado después de casi seis meses en coma. No se preocupe, se encuentra en el Hospital de la Luz y está siendo atendido por los mejores profesionales».

Esas palabras, tan certeras y concisas, siguen a día de hoy grabadas en mi retina. Y no es para menos. Me había convertido en un espíritu libre que vagaba por un sarcófago sin salida.

## CAPÍTULO 2: LA CAUSA

Sucedió mientras daba una clase en el instituto. Lo sé gracias a los médicos, porque siendo franco, no lo recuerdo. Aquel día caí fulminado por una embolia cerebral que me dejó 176 días en coma. En mi profundo letargo, hice guiños a la vida y tonteeé con la muerte. Según el doctor Suárez, las posibilidades de salir adelante eran casi nulas, inferiores a un 10%. Pero fui valiente, y ése es mi consuelo. Como gran amante de la estadística, me aferré a ese porcentaje para iniciar una nueva travesía.

Los primeros días en el hospital fueron de gran dureza. Sufría las secuelas de un accidente cerebro-vascular que paralizaba todo mi cuerpo. Desafortunadamente, la repentina obstrucción de varias arterias había provocado una apoplejía, o lo que es lo mismo, un infarto cerebral grave. En unos segundos, la falta de oxígeno y sangre en el cerebro derivó en un derrame que me hizo entrar en coma. Medio año después, desperté sin movilidad y apenas podía articular palabra. Era un vegetal, vulgarmente hablando. Sólo me quedaba un motivo para seguir luchando. Mi mente estaba intacta.

Como no podía comunicarme, aprendí a afinar el oído. El doctor Suárez me explicó que el cerebro es una especie de esfera dividida en dos mitades, cada una con funciones sensoriales distintas. El hemisferio izquierdo, que se ocupa de la escritura, la lógica y las matemáticas había quedado intacto. Me sentí ligeramente aliviado. Al final del túnel, vislumbraba un atisbo de esperanza.

## CAPÍTULO 3: LA REALIDAD

Mi estancia en el hospital se prolongó otros tres meses. Tuve visitas de amigos, familiares lejanos y algún que otro alumno. Recuerdo cómo me miraban. Intentaban



fingir que nada pasaba, pero las lágrimas brotaban de sus ojos. Algunos hablaban, aun a sabiendas de que no podía contestarles. Otros, los menos fuertes, se derrumbaban, y yo lloraba por la impotencia de no poder consolarles. Supongo que para ellos era un *shock* verme en ese estado. En teoría, no era una persona propensa a sufrir un infarto. A mis cuarenta y siete años, siempre había sido un hombre de gran vitalidad, amante del deporte y la alimentación sana.

Soy soltero, hijo único y no tengo hijos. Mi padre murió hace años y mi madre agota sus días en un hospital víctima del Alzheimer. Ante este panorama, me trasladaron a una residencia de grandes discapacitados cercana para que me cuidaran. Sentado en una silla de ruedas, volví a ver la calle y por fin respiré aire fresco. El viaje duró unos veinte minutos. Fue el mejor rato desde que desperté de mi letargo.

La residencia era acogedora. Grande, ordenada y llena de zonas verdes. Pero lo que más me sorprendió fue el compromiso con los enfermos del personal de trabajo. Especialmente el de Clara de la Torre, una psicóloga clínica de mediana edad que me visitaba periódicamente. Desde el día que la conocí, trabajó intensamente con el fin de dignificar mi vida.

## CAPÍTULO 4: LA ESPERANZA

No podía comunicarme y tan solo conservaba la movilidad en párpados y cejas. Pero Clara se implicó conmigo y tuvo una gran idea. Sabedora de mi profesión, desarrolló un lenguaje matemático que me permitiera comunicarme con el entorno. Se trataba de un lenguaje no verbal asociado a una serie numérica.

Así surgió su idea:

- Decidió representar cada una de las 27 letras del abecedario con un número determinado de parpadeos, y los signos de puntuación con movimientos de ceja.
- Clasificó las letras en dos grupos, asociando las vocales al ojo izquierdo y las consonantes al derecho.
- Realizó un estudio estadístico para conocer la frecuencia con que se utilizan las letras, especialmente las consonantes. De esta forma, descubrió que las 5 vocales representan el 45 % de las letras de un texto estándar. Dentro de las 22 consonantes, la S, R, N, D, L y C son las más utilizadas, con un 37%. En términos absolutos, la suma de estas 11 letras concentra un porcentaje del 82%. Por otro lado, las 7 letras menos utilizadas (F, Z, J, X, Ñ, W, K) tienen una frecuencia de aparición total de tan solo un 2%.

Bajo esta premisa, Clara elaboró una tabla alfabético-numérica basada en la periodicidad con que se repiten las letras en un texto. Asoció las vocales al párpado izquierdo (X) y las consonantes al derecho (Y). Puesto que las letras A y E son las más utilizadas, asignó un número del 1 al 5 a cada vocal respetando su orden de aparición en el alfabeto. Por otro lado, ordenó de mayor a menor las consonantes de acuerdo a su porcentaje de frecuencia en un texto. Esto serviría para dar prioridad a las más utilizadas y reducir el número de parpadeos con el ojo derecho.

Gráficamente, la tabla alfabético-numérica tendría el siguiente aspecto:

X (Párpado izquierdo)

Y (Párpado derecho)

1	2	3	4	5
A	E	I	O	U

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22
S	R	N	D	L	C	T	M	P	B	G	V	Y	Q	H	F	Z	J	X	Ñ	W	K

Además de estimular mis párpados, Clara decidió representar los puntos y comas con movimientos de ceja, asociándolos a los signos matemáticos positivo (+) y negativo (-) en la tabla alfabético-numérica. La elevación de la ceja izquierda serviría para representar una coma / punto y seguido, y la de la derecha un punto y coma / punto y aparte:

	+ (Ceja izquierda)		- (Ceja derecha)
Coma	Punto y seguido	Punto y coma	Punto y aparte
(,) = (+)	(.) = (++)	(;) = (-)	(./) = (---)

Bajo esta premisa, la coma se representaría levantando la ceja izquierda una vez y el punto y seguido haciéndolo dos veces. Para representar el punto y coma y el punto y aparte, el proceso sería el mismo pero utilizando la ceja derecha.

Finalmente, el cambio de una palabra a otra se realizaría subiendo a la vez ambas cejas y la eliminación de un término erróneo cerrando los ojos de forma simultánea:

Espacio en blanco entre palabras (+/-) = (>)
Eliminación de una palabra = (X+Y)

Para finalizar este capítulo, ejemplificaré el proceso escribiendo mi nombre en base a este lenguaje matemático:

Alfonso Domínguez Villalba. = X1 Y5 Y16 X4 Y3 Y1 X4 (>) Y4 X4 Y8  
X3 Y3 Y11 X5 X2 Y17 (>) Y12 X3 Y5 Y5 X1 Y5 Y10 X1 (++)

## CAPÍTULO 5: EL RESULTADO

Últimamente, los médicos me visitan con un cuaderno bajo el brazo. Por fin pueden entenderme, pues han aprendido a transcribir los fonemas interpretando mis gestos. Están impresionados con mis progresos. El lenguaje matemático, complejo al principio, ha sido un atenuante para este oscuro infierno. Al menos hasta que alma y cuerpo vuelen juntos hacia un nuevo universo.

## EPÍLOGO

Alfonso se fue dos días después de escribir ese párrafo, dejando su obra ligeramente inacabada. Le faltaba menos de un mes para cumplir cincuenta años y tenía una vitalidad admirable. Nos dejó con la misma discreción con la que había llegado. Supongo que nadie, yo incluida, esperaba un adiós tan repentino.

Sus últimas palabras fueron muy profundas. Te propongo el reto de descifrar su mensaje, aunque lo cierto es que te sonará de algo:

«X1 Y5 Y17 X4 (>) X2 Y5 (>) Y12 X5 X2 Y5 X4 (>) Y13 (>) Y9 Y5  
 X1 Y3 X2 X4 (>) Y1 X4 Y10 Y2 X2 (>) X2 Y5 (>) Y5 X2 Y6 Y15 X4  
 (>) Y4 X2 (>) Y8 X3 (>) X1 Y5 Y8 X1 (--)  
 Y4 X3 Y12 X3 Y1 X4 (>) Y8 X4 Y3 Y7 XA Y20 X1 Y1 (>) Y13 (>) Y1  
 X5 Y2 Y6 X4 (>) Y8 X1 Y2 X2 Y1 (>) Y8 X3 Y7 X3 Y11 X1 Y3  
 Y4 X4 (>) X2 Y1 Y7 X2 (>) Y6 X1 Y5 Y12 X1 Y2 X3 X4 (--)  
 Y12 X3 Y12 X4 (>) X2 Y3 Y6 X2 Y2 Y2 X1 Y4 X4 (>) X2 Y3 (>) Y5  
 X1 (>) Y16 X3 Y11 X5 Y2 X1 (>) Y4 X2 (>) X5 Y3 X1 (>) Y16 Y2  
 X3 X1 (>) X2 Y1 Y7 X1 Y7 X5 X1 (--)  
 Y6 X5 X2 Y2 Y9 X4 (>) X3 Y3 X2 Y2 Y7 X2 (+) Y9 Y5 X2 Y3 X1  
 (>) X1 Y5 Y8 X1 (+) Y9 X1 Y2 X1 Y4 X4 Y18 X1 (>) Y4 X2 (>) X5  
 Y3 (>) Y4 X2 Y1 Y7 X3 Y3 X4 (>) X2 Y2 Y2 X1 Y3 Y7 X2 (++)»

Cuando echo en falta a Alfonso, recuerdo su legado. En especial este vital relato fraguado en su cabeza y escrito con mis manos.

Clara de la Torre,  
 Psicóloga clínica.

**TABLA ALFABÉTICO-NUMÉRICA**

PÁRPADOS:

X (Párpado izquierdo)

Y (Párpado derecho)

1	2	3	4	5
A	E	I	O	U

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22
S	R	N	D	L	C	T	M	P	B	G	V	Y	Q	H	F	Z	J	X	Ñ	W	K

CEJAS:

+ (Ceja izquierda)

- (Ceja derecha)

Coma	Punto y seguido
(,) = (+)	(.) = (++)

Punto y coma	Punto y aparte
(;) = (-)	(./) = (--)

Separación entre palabras (+/-) = (>)
Eliminación de una palabra = (X+Y)



**Primer Premio 2 del Concurso de Narraciones Escolares****Un café con el destino**

por

**Irene Valles Cea**

Siempre supe que el destino me tenía atravesado desde el mismo instante en el que nací. Víctima de un ensañamiento continuo, mi existencia había transcurrido entre desdichas y amargura. Tardé 52 años, tres divorcios y cinco despidos en reconocer mi derrota, consciente de que aquella sería mi única salida. Lo que yo no imaginaba es que, incluso entonces, el destino me deparaba una cruel penitencia.

Arrastré los pies por el frío suelo de la cocina hasta alcanzar un triste vaso de cristal que descansaba, tranquilo, sobre la encimera. Vacíe ausente la minucia que quedaba en el cartón de leche y, tras echar un vistazo a la bolsa maldita, vertí su contenido en el vaso. Removí distraído la letal mezcla. «Leche desnatada y cianuro —pensé, sacando con cuidado la cucharilla—. Se me antoja una muerte un tanto *light*». Suspiré tres veces y animé a mis cinco gorditos dedos a rodear el vaso. Por el rabillo del ojo podía distinguir la montaña de platos sucios que se habían acumulado durante la semana.

—¿Por qué no? —musité, antes de abandonar el vaso y dirigirme hacia el fregadero.

La limpieza y yo siempre habíamos sido enemigos acérrimos, pero tener a la muerte esperando en tu cocina te impulsa a cosas insospechadas. Después de dejar como una patena la cocina, el salón y hasta el cuarto de baño, regresé para enfrentarme *al vaso*. Mis labios ya estaban rozando su superficie de cristal cuando el desagradable timbre de la puerta resonó por todo el apartamento. Dejé (no sé si con alivio) el vaso sobre la mesa y dirigí mis pasos hacia el recibidor. «Es que ni morir puede uno tranquilo —fueron mis últimos pensamientos, antes de abrir al personaje que el considerado destino había colocado delante de mi puerta aquella noche de invierno».

—¡Mi cerebro está abierto! —me informó un vejete enjuto y arrugado, nada más abrir—. ¿El tuyo también? Porque espero que podamos resolver estos problemas antes de salir de casa.

Mi materia gris estaba aún procesando aquella inusual carta de presentación, cuando mi visita me lanzó una maleta semivacía y entró en mi casa sin el menor reparo.

—¡Eh, tú! ¿A dónde crees que vas? —grité, cerrando la puerta y apresurándome a alcanzar al osado que, recitando lo que a mí me parecía un sortilegio de mal agüero, se dirigía a la cocina.

—Sea  $k$  el número integral más pequeño que. . .

Aterricé en la cocina respirando pesadamente justo en el preciso instante en el que el intruso, indiferente a mi agitación, desviaba su atención hacia *mi vaso*.

—¿Leche? —preguntó, con una mueca de asco—. Vamos a pasar la noche en vela... ¿y tú preparas leche?

Todo ocurrió muy deprisa. Ni siquiera pude articular un solo movimiento, una sola palabra. Antes de que me diese cuenta, aquel ser ya había vaciado el vaso en el fregadero y lo había enjuagado concienzudamente. No pude más que lanzar un agónico suspiro a modo de réquiem.

—Siempre he dicho que un matemático es una máquina que consume café y produce teoremas —continuó, sin inmutarse, dándome unas palmaditas en el hombro—. Venga György. Esta noche necesitaremos café, tazas de café.

Hice gala de una gran fuerza de voluntad para reprimir el impulso de estrangularle. Aquello no me podía estar pasando a mí, no aquella noche. Sin embargo, al margen de mi autocontrol, una diminuta parte de mi cerebro tuvo el detalle de percatarse de un error. El error.

—Yo me llamo Dezso, no György —murmuré, clavando mi mirada en sus desconcertados ojos.

—No puede ser —negó, hurgando en los bolsillos de su desgastada chaqueta, hasta que extrajo un arrugado *post-it* verde que se apresuró a mostrarme.

Pese al incontrolable pulso del hombre y a la mala caligrafía, apenas tardé un instante en detectar el germen de la confusión. Orgulloso, señalé con el índice un 13 que, bajo todo pronóstico, había sido confundido con un 18.

—Creo que alguien le aguarda en la acera de enfrente —le comuniqué, devolviéndole la maleta, deseoso de escurrir el bulto a mi vecino—. Se ha equivocado de número.

Farfulló una espacie de disculpa y abandonó el apartamento. Mientras cerraba la puerta recordé que aún conservaba unos gramos de cianuro en el armario de la cocina. No todo estaba perdido.

«Venid con papá —me dije, tanteando el fondo del armario en busca de la bolsita». En el preciso instante en el que mis dedos sintieron su tacto del plástico, el timbre volvió a sonar. «No puede ser cierto».

Por más que me esforzaba, era incapaz de mudar mi gesto de incredulidad. Sentado, cómo no, en una silla de la cocina (al parecer nueva sede del excentricismo) aún me preguntaba qué me había impulsado a acoger al individuo de la maleta. Desde luego, si a mi vecino se le había olvidado que esperaba a alguien y había salido justo aquella noche, era problema suyo y no mío. Yo no tenía complejo de hermanita de la caridad, ¿por qué diablos tenía que hospedarle?

Eché un vistazo al reloj de la pared. Sólo habían pasado cinco minutos desde que abrí la puerta y ya sentía que, si escuchaba un solo término matemático más, iba a lanzarme por la ventana. Su boca era un imparable manantial de teoremas y conjeturas que podría haber sido soportable, si no hubiese intentado hacerme partícipe de aquella locura. «Lo lamento, no estoy acostumbrado a hacer visitas no-matemáticas —había comentado, antes de preguntarme qué relación mantenía yo con esta ciencia». «Digamos que es un tanto... tensa —contesté incómodo, empleando el término más suave que se me ocurrió». Él arqueó las cejas y se limitó a dar

pequeños paseos por la cocina, hasta que finalmente se detuvo. «Creo que tu nevera tiene proporciones áureas —murmuró, como si aquella fuese a ser la conversación más corriente del mundo—. Podría ser un buen comienzo».

Y allí estaba él, contemplando mi nevera como si fuera una reliquia; mientras que yo, aburrido, me había puesto a hojear los periódicos gratuitos que había acumulado desde inicios de año. «*El insigne matemático, Paul Erdős, recibe una calurosa acogida*» rezaba un diminuto titular, acompañado por una fotografía torpemente tomada, en la que se podía distinguir a un consumido Paul Erdős dando una charla a una multitud de hipnotizados escuchantes. Mis ojos se dilataron y a punto estuve de caerme de la silla.

—¡Tú eres él! —fue lo primero que pude articular, señalando con frenesí al ponente—. Tú eres Paul Erdős.

—Eso parece —se limitó a contestar, divertido ante mi cara de asombro—. Conforme mi vida se apaga, más y más personas acuden a mis charlas. Supongo que esperando que sea la última, para poder luego presumir de que estuvieron allí... O tal vez mi imagen vaya ganando con los años. ¿Quién sabe?

Devoré velozmente el artículo hasta que mis ojos se detuvieron en un número de cinco golosos dígitos:

—«[...] recogió el premio Wolf, dotado de 50 000 dólares, en 1983» —comencé a leer, sin percatarme de que mi voz iba pasando de un imperceptible murmullo a un desagradable chillido—: ¡¿«... de los que sólo conservó 720»?!

—La propiedad perjudica —alegó sin inmutarse, antes de dar un largo sorbo a la taza de café, aún humeante—. Un socialista francés dijo que es un robo, yo pienso que es un fastidio.

Me pregunté si seguiría pensando lo mismo si le echaba de mi acogedora cocina y le condenaba a pasar la noche conviviendo con el invierno húngaro en su máxima expresión. Pero me decanté por formularle una pregunta, a mi juicio, más inquietante.

—¿Y qué hizo con el dinero?

—Premios a brillantes respuestas a problemas que propuse y esperanza para los necesitados —fue toda su respuesta.

Sentí que iba a darme un infarto.

—¿Pero es que usted no tiene gastos, una hipoteca...? ¿Algo?

—Llevo sin residencia más de 45 años. Son mis colegas quienes se encargan de gestionar mis finanzas, comprarme ropa, alimentarme —contestó, entre sorbos de café—. Hasta me pagan los impuestos.

Sentía que aquella visita comenzaba a sobrepasarme por momentos. No pudiendo soportarlo por más tiempo, alegué un cansancio insoportable para retirarme a mi habitación. Antes le preparé el sofá-cama. Mas el excéntrico me dijo que «ya habría tiempo para descansar en la tumba», y se quedó trajinando en la cocina. Ignoro a qué hora apagó la luz. Desde que me acomodé en la cama mis pensamientos se centraron en la solitaria bolsita de cianuro, introduciéndome en un agitado, pero profundo, sueño.

Desperté sobresaltado a eso de las cuatro de la madrugada. La luz que antes se filtraba por la rendija de la puerta había desaparecido. La casa estaba a oscuras. Pese

a la aparente tranquilidad reinante, mi fino oído pudo percibir unas voces amortiguadas en el exterior. Abandoné el calor de las sábanas para dirigirme, sigilosamente, hacia la terraza. Allí me aguardaba un insólito espectáculo.

—¡Tú, Supremo Fascista!! ¿Por qué guardas para ti las demostraciones más bellas de los teoremas? ¿Por qué las guardas con tanto celo en *El Libro*?! —gritaba un enardecido Erdős, en pijama y con calcetines y sandalias, a la vez que lanzaba injurias al cielo—. ¿Acaso no soy lo bastante bueno para concebirlos? ¡¡Dime!!

Me acerqué, no sin cierto reparo, hasta tocarle el hombro. Al contacto, Erdős pegó un respingo y me miró, asustado.

—¿Me has oído?

Con aquellos berridos, no era descabellado presumir que hasta el último vecino de la calle debía haberse despertado. Hice un gesto afirmativo con la cabeza y apoyé la espalda en la pared, descendiendo poco a poco hasta quedar sentado en el suelo. Erdős lanzó una última mirada al cielo y, como viva imagen de la resignación, se acercó a mí.

—Puede que Dios no juegue a los dados con el universo, pero algo extraño está pasando con los números primos —comentó antes de sentarse, seguramente respondiendo a sus propias especulaciones.

Nos quedamos sumidos en un cómodo silencio. El frío entumecía nuestros huesos, fustigando hasta la última parte de nuestro ser. Mas ninguno parecíamos percatarnos, inmersos en nuestros pensamientos.

—Me fascina la teoría de los números, especialmente los números primos —reconoció Erdős, rompiendo el silencio—. Siempre ha sido una obsesión (a mi ver, sana) que ha alimentado mi cerebro y mi vida (y espero la de algún otro). Tal vez sean conjeturas de un viejo loco, pero tu comportamiento revela que sufres una obsesión; más bien una profunda preocupación que, lejos de favorecerte, te destruye por dentro. ¿Me equivoco?

Evité sus ojos inquisidores y apreté los dientes, dispuesto a no soltar prenda. Pero sin darme cuenta estaba allí, muerto de frío, hablando sin parar de mi desgraciada vida, de la bolsita de cianuro. Él escuchó en silencio, sin apenas mover un músculo. Cuando terminé, me incorporé con determinación, dispuesto a correr a encerrarme en mi habitación. Mas él me detuvo.

—Los grandes problemas son dignos de atacar. Sólo en ellos demostramos nuestra valía, luchando —me dijo, parando con un dedo la lágrima que recorría, en frenética caída, mi mejilla—. Luchando.

Paul Erdős abandonó mi casa temprano aquel día, mientras yo aún dormía. No volví a saber de él hasta el 21 de septiembre de 1996, cuando la casualidad quiso que, esperando en la cola del quiosco, su nombre surgiera en la conversación que mantenía mi vecino con otro hombre al que no pude reconocer.

—¿No te has enterado? Paul Erdős murió ayer —comentó el primero, con los ojos hinchados—. Cuando me dieron la noticia no podía creerlo.

—Se ha ido uno de los grandes, el más prolífico después de Euler —y, tras un profundo suspiro, continuó—: Nunca conocí una mente tan asombrosa, tan... matemática. Stan Ulam me contó que, tras sufrir el derrame cerebral, Erdős fue a visitarle al hospital y que, a modo de saludo, le dijo: «*Menos mal que te encuentro, Stan. Si*

*no, hubiera tenido que acabar yo sólo nuestras investigaciones... y además hubiera tenido que escribir tu necrológica. ¡Vamos a trabajar!».* Simplemente, increíble.

—Hablando de necrológicas... ¿Sabías que para la suya propia insinuó algo así como: *«finalmente dejé de volverme estúpido»?*...

Les dejé hablando de la futura creación de un número de Erdős y regresé a mi casa. Por el camino fui repasando mentalmente todo lo acontecido aquella noche; sumido en la tristeza, sumido en el recuerdo.

Tras preparar una taza de café, me dejé caer en una silla y abrí el periódico por la página de los sudokus. Decir que ésta fue toda la contribución de Paul Erdős a mi existencia sería una necedad y una simpleza. Aquella noche, él me dio la vida al demostrarme que ésta es una larga ecuación con varias soluciones determinadas no tanto por el destino, sino por nuestra lucha.

—A tu salud —brindé con café, mirando a la silla en la que una noche descansó el genio—. Descansa en paz, Paul Erdős.

IRENE VALLES CEA, MADRID